



Como polos opuestos

ANA F. MALORY



Selecta 

Como polos opuestos

SERIE

Los Hermanos Inclán 3

Ana F. Malory

Selecta

Prólogo

Madrid, España

Todo eran bromas y risas en torno a Miryam y Pelayo, protagonistas indiscutibles de la jornada. Marina, como el resto de los familiares y amigos que asistirían al enlace, sonreía mientras contemplaba con afecto a la pareja. Se veían tan felices que resultaba imposible no darse cuenta de lo enamorados que estaban.

¿Quién lo iba a decir?, el *tarambaina* de su hermano enamorado hasta las trancas y a punto de dar el sí quiero, pensó Marina cuando el grupo se encaminaba hacia la entrada del juzgado.

Fue en ese instante, al girarse para seguir al resto, cuando reparó en el hombre apostado al otro lado de la calle. Su corazón se saltó un latido.

«¿Qué hace él aquí?», se cuestionó, pálida de repente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alejandro al ver que se quedaba atrás con la mirada clavada en la acera de enfrente—. ¿Conoces a ese tío? —la interrogó de nuevo al fijarse en el tipo alto, de pelo largo, barba de dos días, vestido con unos vaqueros desgastados y camiseta, que la observaba.

—Sí —respondió distraída—. Ahora vuelvo.

—Espera. —La retuvo agarrándola del brazo—. ¿A dónde vas? Tenemos que...

—Solo será un momento. —Lo miró suplicante.

Alejandro consideró que debía ser importante para ella y, resignado, la soltó.

—¿Quieres que te espere?

—No hace falta, de verdad —le aseguró al ver la cara de desconfianza de su hermano mayor.

Después, con paso firme, aunque le temblaban las piernas, cruzó la calzada.

Estaba guapísimo, la traicionó el subconsciente.

—¿Qué haces aquí? —soltó apenas se detuvo frente a él.

—También me alegro de verte, rubia.

—¿Se trata de un encuentro casual o sabías que estaría aquí? —Ignoró a propósito el comentario y el apodo al que había terminado por acostumbrarse.

—Contaba con ello.

Marina no le preguntó quién se lo había contado; sabía que había sido William.

—¿Y a qué has venido? —Se mostró indiferente a pesar del torbellino de emociones que bullía en su interior.

—Tenía ganas de verte.

Sin mediar palabra, Marina giró despacio sobre sí misma y volvió a enfrentarlo.

—Listo. Me voy, que mi hermano se casa.

—Espera. —No se atrevió a tocarla—. Me gustaría quedar contigo más tarde o mañana.

—No sería buena idea, y lo sabes.

Una sonrisa ladeada y perezosa curvó los labios del antiguo camarero del pub inglés. Sí, de sobra sabía cómo podría terminar un encuentro entre ellos.

—Me tengo que ir. Que te vaya bonito —se despidió, decidida a marcharse.

—Regreso a Londres.

Marina se paró en seco, pero no se volvió para mirarlo de nuevo.

—Allí nos veremos, supongo —respondió antes de reanudar la marcha.

Nada en su postura o la determinación de sus pasos delataba el desbarajuste que la noticia había provocado en su cuerpo a todos los niveles.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, el verano anterior

Con la llegada del verano, el ritmo de trabajo en la agencia de viajes era, como siempre por esas fechas, frenético. La clave del éxito de Good Travel se debía a los estupendos precios que ofrecía y al carisma y buena disposición de sus empleados, pero también al hecho de que ninguno de los cuatro agentes que trabajaban en ella fuera inglés. Luca Conte procedía de Nápoles; Ilse Bauman, de Berlín; Kevin Cooper, de Nueva York, y Marina Inclán, de Madrid. Juntos formaban un pequeño, cosmopolita y eficiente equipo que había colocado a la agencia entre las cinco mejores del Reino Unido.

Heather Saunders, la dueña, consideraba que la variedad en las nacionalidades de sus empleados era una ventaja adicional para el negocio. ¿Quién mejor que un italiano para organizar una escapada a Roma? Esa era su filosofía y daba resultado. Lo había comprobado al contratar, tres años atrás, a Marina. Ella disponía de información de primera mano sobre su país y podía aconsejar a los clientes, dependiendo de sus gustos o preferencias, a la hora de elegir actividades y destino en la península ibérica.

Eso la había hecho cavilar y, poco a poco, a medida que su pequeño negocio florecía, había ido contratando a jóvenes de diferentes países. Gracias a la eficiencia de sus chicos, a la confianza que había depositado en la española y a los pingües beneficios que obtenía, Heather podía dedicar gran parte de su tiempo a hacer lo que siempre había deseado: vivir de las rentas y recorrer el mundo. Cuando ella estaba de viaje, sus empleados, bajo la supervisión de la madrileña, se ocupaban de todo.

Aunque ese día, con diferencia el más ajetreado de las últimas semanas, a sus chicos les habría venido fenomenal contar con un poco de ayuda.

—Tengo la cabeza a punto de estallar —dijo Marina quitándose las gafas para frotarse los ojos; tantas horas frente al ordenador le estaban machacando la vista.

—Déjalo ya —le recomendó Ilse que, con el bolso al hombro, se disponía a marcharse.

Kevin y Luca acababan de hacerlo.

—Me quedan por confirmar un par de reservas —suspiró agotada antes de ponerse de nuevo

las gafas de pasta negra.

—¿Por qué no lo dejas para mañana? —le preguntó su compañera—. Ahora lo que necesitas es salir de aquí y despejarte. Vayamos a tomar un par de pintas, verás como el dolor de cabeza desaparece. —Una sonrisa taimada curvó sus labios.

—¡Qué peligro tienes! —se carcajeó Marina.

Aunque sabía que la otra tenía razón; le vendría bien desconectar y le apetecía una cerveza.

—Dame diez minutos y me voy contigo —le pidió al tiempo que descolgaba el teléfono.

En ocasiones, una llamada resultaba más eficaz que hacer los trámites a través de internet. Ilse, sentada en el borde de la mesa, escuchaba a su compañera hablar en español con su interlocutor. No entendía ni media palabra de lo que decía, pero intuía que la primera de las reservas estaba asegurada. Una segunda llamada confirmó la otra.

Tras hacer unas anotaciones, Marina desconectó el ordenador y se hizo con el bolso. Metió en él las gafas y sacó las llaves de camino hacia la salida. Ilse se encargó de apagar las luces.

—Vamos a tomarnos esas pintas; nos las hemos ganado —dijo apenas echó el cierre.

—Me han hablado de un local a dos manzanas de aquí. No tengo ni idea de cómo es el sitio, pero me han asegurado que tiene buena cerveza.

—Mientras no sea un antro, me sirve.

Con las mismas se pusieron en marcha, atrayendo sobre ellas las miradas de varios viandantes.

Marina, alta y estilizada, con una larga melena de un bonito tono dorado, impresionantes ojos azules y unos rasgos perfectos, acaparaba la atención de los hombres allá donde iba. Ilse, aunque menos esbelta que su compañera, también destacaba por su estatura, sus ojos claros y su pelo corto, desordenado y de un llamativo rubio platino natural. Juntas no pasaban desapercibidas y más de uno se giró a su paso para contemplarlas.

Lo mismo ocurrió cuando entraron en el pub. Una veintena de ojos se posaron sobre ellas y las siguieron curiosos hasta la barra; donde ocuparon dos de los taburetes situados frente a ella.

—¿Qué vais a tomar, chicas? —les preguntó afable el hombre de pelo cano de detrás del mostrador.

—Un par de pintas, por favor —pidió Ilse mientras Marina paseaba la mirada por el local.

Contaba con un buen número de mesas y, al fondo, bajo una lámpara de tres brazos, había una mesa de billar. Las paredes estaban llenas de fotografías enmarcadas. Unas antiguas, otras más recientes, pero en todas aparecían el hombre de la barra acompañado de una mujer morena, bajita y muy menuda. Solo cambiaba el paisaje que tenían a sus espaldas, y por lo que Marina podía apreciar desde su posición, a la pareja le gustaba viajar.

—Aquí tenéis —les dijo el que, con seguridad, era el propietario del pub, al dejar frente a ellas las jarras de cerveza rebosantes de espuma.

—Gracias —le correspondió Marina con una sonrisa distraída fijando la vista en una de las fotos de detrás de la barra que tenía, como telón de fondo, a la Estatua de la Libertad.

—Esa es de hace cinco años —le aclaró el camarero al fijarse en la dirección de su mirada.

—Han recorrido medio mundo —apuntó Marina antes de tomar un trago.

Ilse tenía razón, la cerveza era buena. Y el sitio poseía encanto.

—Así es —asintió el hombre con un deje de orgullo—. A Susan le entusiasma viajar y siempre lo hacemos dos veces al año —aclaró mientras llenaba de frutos secos un cuenco que después colocó ante ellas.

—Gracias —dijeron al unísono las rubias.

—Este año queremos ir a Florida —prosiguió William.

—¿Y ya lo tienen organizado? —quiso saber Marina.

Ilse se echó unos cacahuets a la boca para camuflar la sonrisa que asomaba a sus labios; aquello era deformación profesional y lo demás tonterías.

—Se lo pregunto porque nosotras trabajamos en la agencia de viajes de unas calles más abajo —aclaró por no parecer una cotilla—. Estoy segura de que podríamos encontrarles alguna oferta interesante.

—Normalmente es Susan quien se encarga de programar nuestras vacaciones, pero me habéis caído bien, así que le diré que se pase a hablar con vosotras. —Acompañó el comentario con un guiño.

—Oye, Will —lo llamó uno de los clientes apostados en el extremo opuesto de la barra—, déjate de darles palique a las mozas y sírvenos otra ronda.

—¿A ti no te enseñaron modales de pequeño, Frank? —rezongó William mientras cogía tres jarras y se acercaba el grifo de la cerveza.

—De eso hace mucho, ya se le ha olvidado —bromeó en voz alta uno de los acompañantes del tal Frank, provocando risas a su alrededor.

Definitivamente no era un lugar sofisticado, pensó Marina, pero le gustaba el ambiente. Seguro que aquella no sería la última vez que se dejarían caer por allí.

Dos días más tarde, a primera hora de la mañana, entró en la agencia una mujer menuda, de cabello oscuro y ojos vivarachos. Marina supo al instante que se trataba de Susan. Al igual que su marido, era extrovertida y alegre.

—En esta ocasión queremos conocer Florida —aseveró entusiasmada tras presentarse.

—Algo nos adelantó su esposo —mencionó Marina, maravillada con la vitalidad de la mujer.

A pesar de la edad, poseía una energía tremenda que transmitía con sus gestos, su sonrisa constante y su forma de hablar.

—Ha venido al sitio adecuado para organizar estas vacaciones —intervino Kevin haciéndose cargo de la situación; los viajes a Estados Unidos eran su especialidad—. Póngase cómoda y cuénteme qué ideas tiene —añadió invitándola a tomar asiento frente a su mesa—. Seguro que entre los dos logramos organizar un viaje estupendo, de los que no se olvidan —añadió el

moreno de ojos verdes dedicándole a la mujer una radiante sonrisa.

—Me gusta cómo ha sonado eso —sonrió también ella.

El resto regresaron a sus tareas, dejando a su nueva clienta en manos del americano que, con su carácter abierto y amable, no tardó en granjearse la simpatía de esta.

Media hora más tarde, la esposa de William se despedía del equipo y, satisfecha, abandonaba la agencia con el viaje a Florida completamente programado para dos semanas. Vuelos, hoteles, excursiones guiadas y una lista de lugares que podrían visitar por su cuenta si, llegado el momento, les apetecía.

Esa misma tarde, al finalizar la jornada, Marina e Ilse, acompañadas por Kevin, regresaron al Soulmates; el pub de Will.

—Bonito nombre —comentó Ilse al fijarse en el rótulo de la entrada.

—Muy apropiado —convino Marina que tampoco había reparado en él hasta ese momento.

Almas gemelas. Tenía sentido, se dijo al pensar en el dueño del pub y su esposa.

—Buenas tardes, chicas —las saludó Will en cuanto las vio aparecer—. Tú debes de ser Kevin. Susan me ha hablado de ti. —Le sonrió de oreja a oreja.

—Espero que bien —bromeó el americano.

—Está como loca y deseando hacer las maletas, con eso te lo digo todo. —Rio encantado.

—Me alegra saberlo. Estoy seguro de que van a disfrutar mucho en este viaje.

—¿Cuándo se van? —quiso saber Marina.

—En un par de semanas. ¿Qué vais a tomar? A esta ronda invita la casa. Y no quiero escuchar ni una sola protesta —les advirtió sin darles tiempo a replicar.

—Una pinta, por favor —le pidió Marina con una sonrisa de agradecimiento en los labios y un pensamiento en mente.

Ilse asintió, indicando así que tomaría lo mismo que su compañera.

—Para mí una Pepsi, por favor —dijo Kevin ignorando la mirada socarrona de la alemana.

Esta sabía que no tomaba alcohol y, aun así, se mofaba de él cada vez que lo escuchaba pedir un refresco.

—¿Qué pasa con el pub cuando se van de vacaciones? ¿Lo cierra? —inquirió finalmente Marina mientras William les servía las cervezas.

—No, el pub continuaba abierto. Ralph se encarga de él —respondió, en absoluto molesto por la pregunta de la rubia.

—¿Es su hijo?

Kevin, sentado entre las dos chicas, le propinó un discreto codazo a la madrileña a modo de advertencia; se estaba excediendo.

—No tenemos hijos —contestó con el mismo tono desenvuelto. De todas formas, Ilse y Kevin sacudieron la cabeza por la falta de tacto de la otra—. Nunca sentimos la necesidad de tenerlos —añadió William sonriente al ver el gesto apurado de la joven y la reprobadora expresión de sus amigos—. En cuanto a Ralph, trabaja para mí desde hace unos años y ya es como de la familia.

En realidad se llama Raúl, es español —prosiguió el camarero colocando ante Kevin el botellín del refresco y un vaso con unos cubitos de hielo—. Pero por aquí todos le llamamos Ralph.

—Español, como tú —apuntó Ilse antes de tomar un trago.

—¿Eres española? —Ahora fue Will el que preguntó visiblemente sorprendido. Marina asintió risueña—. Jamás lo hubiera adivinado. Tienes un acento impecable.

—Gracias. —Sabía que dominaba el idioma, pero que un nativo le dijera que lo hablaba a la perfección era el mejor cumplido que le podían dedicar.

—¿De qué parte de España vienes?

—De Madrid.

—Bonita ciudad. Susan y yo estuvimos hace años. —Cabeceó apuntando hacia el fondo del bar.

Aunque no se distinguía, Marina supo que en el lugar señalado había una fotografía que confirmaba sus palabras.

—Disculpad —se excusó el hombre al entrar nuevos clientes.

—Ahora vuelvo —dijo Marina al tiempo que, con la jarra en la mano, dejaba su asiento.

Desde el primer día sentía curiosidad por todos aquellos retratos. Despacio, recorrió el bar, paseando la vista por las imágenes que llenaban las paredes. Al contemplar las fotos no pasaba inadvertida la complicidad, la devoción y el afecto que la pareja se profesaba. La forma en que miraban a la cámara, sonrientes, con los ojos brillantes y siempre cogidos de la mano o abrazados, así lo proclamaba.

¡Qué envidia! ¿Cuándo encontraría ella a su media naranja, a su alma gemela? A esas alturas comenzaba a sospechar que jamás hallaría a nadie con quien compartir el resto de su vida. Y no sería por falta de empeño. Había tenido más parejas que una *celebrity* de Hollywood, pero todos le habían salido rana. Unos por fríos, otros por sosos, y los demás porque solo buscaban lucirla como un trofeo, y por ahí sí que no pasaba. Era una mujer independiente, alegre y extrovertida, con ideas propias y sin miedo a decir lo que pensaba. No era una figurita de porcelana que mostrar a familiares y amigos.

¿Dónde se escondían los hombres divertidos, inteligentes y fogosos en ese país? Al final Silvia, su amiga de toda la vida y cuñada desde hacía varios años, iba a tener razón y lo que necesitaba era un novio español, caviló contemplando con nostalgia la fotografía en la que Susan y su marido posaban ante la Cibeles.

«Si hasta Pelayo se ha echado novia». Sonrió con nostalgia mientras sus ojos continuaban fijos en la emblemática fuente madrileña.

—¡Rubia! —la llamó Kevin desde la barra—. ¿Piensas pasar el resto de la tarde ahí plantada, viendo las fotos de Will?

Marina pasó por alto la forma en que se había dirigido a ella, pero enarcó la ceja ante la confianza con la que el americano se refería al propietario del pub y se giró para mirarlo. Sus ojos no llegaron a posarse sobre su compañero. Se detuvieron antes en el tipo alto, de pelo largo,

barba de varios días y brazos tatuados que en ese instante entraba en la barra.

¿Ese era Raúl? Lo observó sorprendida. Ciertó que no había llegado a formarse una imagen de él, pero de haberlo hecho sabía que en nada se habría parecido a lo que estaba viendo. ¡Qué pinta de macarra!

Capítulo 2

Cuando Raúl entró en el Soulmates, varios clientes lo saludaron. Él les respondió con un simple cabeceo antes de pasear la vista por el local. Casi todas las mesas estaban ocupadas y también había gente en la barra. Iban a tener una tarde movidita, pensó al tiempo que reparaba en la rubia del fondo de bar. Como para no verla con aquel par de piernas tan largas como un día sin pan y aquel maravilloso culo. ¡Estaba buena la pija! Porque lo era. Todo en ella, la ropa, la postura, hasta la forma en que sostenía la jarra, proclamaba a gritos que era una niña bien.

Alguien sentado frente al mostrador se dirigió a ella y acaparó también su atención. Recordó, entonces, que tenía trabajo. Sin perder más tiempo y ajeno al escrutinio del que se había vuelto objeto por parte de la rubia, entró en la barra. Retiró los vasos vacíos y sirvió un par de cervezas antes de ocuparse del contenido del lavavajillas.

Marina regresó a su sitio sin dejar de mirar al camarero. ¿Qué hacía un tipo como él sirviendo cerveza en Londres? Se preguntó repasando los tatuajes de sus brazos. Ciertamente que la situación laboral en España estaba cada vez peor, pero lo que sobraban allí eran bares en los que currar. Quizá había llegado a Londres buscando otro tipo de empleo y este había sido el único que había encontrado, caviló dejando su jarra sobre el mostrador. Aunque no lograba imaginarlo en un puesto diferente, no con su aspecto, decidió encaramarse en el taburete que había dejado libre unos minutos antes y estudió el oscuro pelo de Raúl. Lo llevaba largo hasta los hombros, con raya al medio y rebajado por los lados, lo que hacía que los mechones más cortos se le fueran de continuo hacia la cara; sobre todo al inclinarse hacia delante. ¡Qué molesto!

—¿Os apetece otra ronda? —preguntó Ilse al terminar su pinta.

—Seguro que a ti sí —comentó Kevin con sorna.

—Pues sí —contestó la alemana alzándose de hombros—. ¿Te vas a tomar otra cerveza, Marina? —insistió haciendo una señal a William para que le pusiera otra jarra—. Marina.

Kevin le dio un toque con el codo para que prestara atención.

—¿Qué?

Apartó por fin los ojos del camarero, de sus tatuajes, de los recios muslos enfundados en unos vaqueros que, al igual que la camiseta, habían conocido tiempo mejores, y de la barba corta y de

bordes bien definidos.

—Que eres una descarada —la censuró Kevin en voz baja por el repaso que le estaba dando al barman.

—Mirar no es delito. —Sonrió socarrona.

No le atraía lo más mínimo, pero sentía curiosidad y tenía que reconocer que tenía buen cuerpo.

—¿Que si quieres una cerveza? —le repitió Ilse.

Marina frunció los labios, pensativa.

—Mejor no. Mañana hay que trabajar —señaló con intención, aunque de sobra sabía que la germana podía tomarse varias cervezas sin inmutarse.

Mientras colocaba las jarras aún calientes en su lugar, Raúl aprovechó que la joven hablaba con sus amigos para observarla con discreción. No le sorprendió descubrir que sus rasgos, al igual que su cuerpo, eran perfectos. Demasiado para ser naturales. No se podía ser tan guapa sin pasar antes por un quirófano. Hasta sus ojos tenían un color imposible. Demasiado azules para ser reales. Era como una Barbie: todo plástico.

—Ralph —lo llamó su jefe, y con un gesto le indicó que se acercara—. Estos son los chicos de los que te hablé, los de la agencia de viajes. Y no te lo vas a creer, ella es española, de Madrid.

¡Madrileña! Jamás lo habría adivinado.

—¿Qué se te ha perdido en Londres, rubia? —le preguntó en español.

Marina descubrió que, además de aspecto de macarra, tenía una voz grave y perezosa, con un deje de pasotismo que le pegaba mucho.

—Podría preguntarte lo mismo, pero no lo haré porque no me interesa —mintió, también en su lengua natal—. Y tengo nombre, así que no vuelvas a llamarme rubia.

Raúl esbozó una sonrisa de auténtica diversión; tenía malas pulgas la madrileña.

—Un placer, chicos —se dirigió en inglés a los otros dos.

Después miró de nuevo a la española, le guiñó un ojo y regresó al trabajo.

Marina, que no había dejado de mirarlo, lo vio sacudir la cabeza para apartar el pelo de la cara. Fue en ese instante cuando reparó en el *piercing* que adornaba el extremo de su ceja izquierda. El mundo se detuvo a su alrededor. Hipnotizada, sorda a la conversación que mantenían los otros dos a su lado, contempló las dos bolitas plateadas que remataban la oscura y recta ceja del español como si nunca antes hubiera visto algo similar. Por supuesto que los había visto, y en diferentes partes del cuerpo, pero jamás ninguna de aquellas perforaciones le habían impactado tanto ni provocado un efecto similar. Se le estaba licuando la boca, como a una golosa que contempla su pastel favorito y lo saborea antes de tiempo, con la lengua inquieta y los dientes preparados para dar el primer mordisco; como un gato que se relame los bigotes ante un cuenco de leche; como una mujer que, incapaz de apartar los ojos de la pieza de plata, está a un paso de jaderar. Y no entendía el motivo. El tipo no le gustaba, pero el pequeño objeto metálico le resultaba de lo más erótico. Y muy sexy. ¡Qué morbo, por Dios!

—¿Me pones una pinta a mí también? —se apresuró a decir en español al ver que Raúl se alejaba.

Quería seguir disfrutando un ratito más del panorama, y además, necesitaba un trago con el que aliviar el repentino calentón.

—Claro, para eso me pagan, rubia —respondió provocador.

—Ignoro si dominas el inglés, pero parece que no entiendes el castellano.

—Tengo mala memoria —contestó sonriendo de medio lado, captando el significado de la crítica.

Depositó la jarra en la barra, delante de ella y de nuevo se echó el pelo hacia atrás. Su sonrisa se estiró al darse cuenta del interés que su *piercing* despertaba en su compatriota; no le quitaba ojo. Que se humedeciera los labios mientras lo miraba le hizo enarcar la ceja. ¿Se le estaba insinuando? Lo dudaba, pero no le habría importado que así fuera. Aquello labios, retocados o no, tenían un buen mordisco. Y si continuaba mirándolo de aquella manera, sería él quien terminaría por hacerle una proposición indecente.

—Ralph, ¿puedes encargarte de la mesa dos? —pidió William al pasar a su lado con una botella de whisky en una mano y un par de vasos anchos en la otra.

—Claro, para eso le pagas —farfulló Marina.

El dueño del local no llegó a oírla, pero Raúl sí y no pudo más que soltar una carcajada.

—Rencorosa —la acusó antes de salir de la barra.

Divertida a su pesar con el tono jocosos de la acusación, lo siguió con la mirada y una medio sonrisa en los labios hasta toparse con los rostros anonadados de sus compañeros.

—¿De qué ha ido todo esto? —preguntó Ilse, adelantándose al americano en cuanto la otra se fijó en ellos.

Ambos habían estado observando a la pareja sin entender una palabra de lo que hablaban, pero no les había pasado desapercibida la forma en que Marina lo había estado mirando todo el tiempo ni la intensidad con la que el pelilargo le había devuelto la mirada.

—No sé a qué te refieres —respondió esquiva antes de tomar un buen trago de cerveza.

Lo necesitaba.

—¡Vamos! —exclamó Kevin—. Te lo estabas comiendo con los ojos.

O el americano era muy perceptivo o ella había sido muy descarada, barajó casi segura de que la segunda opción era la acertada, pero sin el menor pudor. Por suerte o por desgracia, no tenía que rendir cuentas a nadie y era libre de mirar a quien le diera la gana.

—¿Te gusta? —la interrogó escéptica la alemana.

Conocía los gustos de su compañera en cuanto a hombres se refería y Ralph no encajaba en ellos.

—En absoluto —respondió poniendo los ojos en blanco como si acabara de escuchar la pregunta más absurda del siglo.

Porque no le gustaba ni un poquito, se dijo mirándolo de reojo cuando regresó tras el

mostrador y pasó frente a ella. «Me pone su *piercing*, no él».

—Pues para no gustarte...

—Déjalo ya, Kevin —lo cortó tajante.

No quería hablar del tema, básicamente porque no había tema del que hablar.

—Como quieras, pero que sepas que él también te miraba como si fuera a saltar sobre ti de un momento a otro —añadió el americano a pesar de la advertencia.

—¿En serio? —inquirió asombrada.

Ni cuenta se había dado de si la miraba o de qué manera lo hacía.

Los otros dos asintieron al tiempo, provocándole un cosquilleo en la boca del estómago. «Me da igual. No me interesa», se repitió ignorando el hormigueo y haciendo un gesto con la mano para desechar también la conversación.

—Cambiando de tercio —dijo resuelta—, mañana necesito que reviséis...

Ilse alzó la mano para interrumpirla.

—Tú lo has dicho: mañana. Lo que haya que hacer se hará, pero ahora disfruta de esa cerveza que no te ibas a pedir y olvídate de la agencia.

—Está bien —cedió con una mueca de fastidio. Cualquiera que escuchara a la alemana creería que solo pensaba en trabajar. Y para nada. Si algo le gustaba más que su trabajo era divertirse—. ¿Tenéis plan para el fin de semana?

Creyó captar un rápido intercambio de miradas entre los otros dos. Se mordió la lengua para no hacer ningún comentario al respecto. Hacía tiempo que sospechaba que estaban liados, pero si querían mantenerlo en secreto era asunto suyo.

—No, ninguno en especial —respondió Kevin.

—Algo surgirá —añadió Ilse evasiva—. ¿Y tú?

—Me han invitado a una fiesta —comentó encogiéndose de hombros—, pero aún me estoy pensando si asistir o no.

—¿Te vas a perder una fiesta? —exclamó Kevin fingiéndose escandalizado—. ¡No me lo puedo creer!

A Marina se le escapó la risa.

—Solo he dicho que me lo estaba pensando —puntualizó antes de llevarse la cerveza a los labios.

De forma inconsciente, mientras bebía, sus ojos buscaron al camarero que, atareado, se movía de un lado a otro de la barra, ignorándola por completo. Al menos eso le parecía a ella.

Raúl, ocupado como estaba, no la miraba, pero sí había escuchado su risa, y el burbujeante sonido hizo aparecer en su mente la imagen de sus carnosos labios. La tentación de volver a contemplarlos le llevo a espiarla de soslayo, por entre los mechones de pelo que le caían sobre los ojos. Y allí estaban de nuevo aquellos increíbles ojos azules, controlándolo sin el menor disimulo.

Saberse observado con tanta insistencia le intrigó. ¿A qué jugaba la rubia? Porque había sido

bastante borde al hablarle y, sin embargo, continuaba pendiente de él. Si esperaba que fuera a dorarle la píldora, como seguro hacían la mayoría de los tíos, podía seguir allí sentada, mirándolo, hasta que le saliera callo en su estupendo culo. Estaba buena y, un rato antes, de haber estado en otro lugar, hasta le habría comido la boca, pero no entraba en sus planes adorarla como si fuera una diosa.

—Se hace tarde, deberíamos irnos —propuso Marina aunque aún le quedaba cerveza.

Ignoraba qué hora era, pero empezaba a sentirse idiota, controlando al barman como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

—¿Tan pronto? —protestó Kevin que parecía encontrarse muy a gusto.

A saber si por el ambiente o por la compañía, pensó Marina con malicia al dejar unas libras sobre el mostrador.

—Quedaos si os apetece, yo me voy —sentenció echándose el bolso al hombro con determinación.

Los otros no hicieron amago de seguirla ni intentaron retenerla. Sabían que se iría de todas formas. Raúl pasó en ese momento por delante del grupo, concentrado en su labor. Los ojos de Marina volaron hacia las manos grandes que sostenían con soltura varias jarras de cerveza.

—Mañana nos vemos. —Dejó de mirarlo y se despidió de sus compañeros, decidida a mantener a raya su imaginación—. Adiós, William. Gracias por la pinta —dijo al cruzarse con el dueño del local de camino a la salida.

—No las merece, niña —le respondió risueño, despidiéndola con un gesto de la mano.

—¿Ya te vas, rubia? —preguntó Raúl a unos pasos de ella.

Ni cuenta se había dado de que lo tenía detrás.

—Marina. Me llamo Ma-ri-na —silabeó su nombre—. Y es evidente que sí —respondió airada intentando que los ojos no se le fueran hacia su ceja.

No lo consiguió y resopló por su falta de autocontrol. Dio media vuelta y continuó caminando hacia la puerta sin volver la vista atrás, segura de que si lo hacía se encontraría con la sonrisa socarrona de Raúl. Y no lo habría culpado por ello. Su comportamiento había sido deplorable, impropio de ella. Porque una cosa era ser directa y franca y otra muy diferente ser borde. En cuanto a aquella absurda fijación con su *piercing*... mejor la olvidaba. No dejaba de ser una tontería momentánea, se dijo dirigiéndose con paso firme hacia la parada del autobús, decidida a no pensar más en ello.

Raúl la observó hasta que abandonó el local con una mezcla de diversión y deseo burbujeándole en las venas. No era la clase de mujer que le atraía, sin embargo, tenía que reconocer que había logrado despertar su interés. Y no solo porque fuera despampanante; su carácter arisco, además de resultarle gracioso, le hacía sospechar que en la cama tenía que ser increíble. No le importaría

averiguarlo, se dijo con la sangre alborotada.

Que lo reclamaran de una de las mesas lo hizo olvidarse de la rubia. No volvió a pensar en ella hasta que sus compañeros, un rato más tarde, se despidieron con un hasta mañana. Se preguntó si sería solo una manera de hablar o si en verdad pensaban regresar al día siguiente y si la madrileña les acompañaría.

Esperaba que lo hiciera. Siempre era bueno contar con caras nuevas en el bar. Sobre todo como la de Ma-ri-na. Silabeó para sí el nombre como ella había hecho antes de irse. Sonrió sin darse cuenta.

—¿Qué opinas de los chicos de la agencia de viajes? —interrumpió Will sus pensamientos.

—Parecen buena gente —respondió sin mojarse.

No le gustaba hablar de los demás, menos aún sin conocerlos. Pero, sobre todo, porque por más confianza que tuviera con Will, no iba a decirle que la española le ponía muchísimo. No procedía y, además, estaba casi seguro de que, más pronto que tarde, perdería el interés por ella y no pasaría de ser una clienta más.

Capítulo 3

El volumen de trabajo al inicio de la semana y varios incidentes en unos apartamentos de la Costa Brava, la habían mantenido pegada al teléfono y a la pantalla del ordenador tantas horas que, cuando por fin conseguía salir de la agencia, lo único que deseaba era irse a casa, darse una ducha y desconectarse del mundo hasta la mañana siguiente. Ese día, aunque todo había ido bien, también se iría directa a su apartamento.

—¿Nos tomamos unas cervezas? —preguntó Ilse al marcharse los últimos clientes.

—Solo una —respondió Marina sin pensar.

—¿Qué pasa? —inquirió la otra al verla poner los ojos en blanco.

—Planeaba irme a casa, pero ya me has liado.

—Solo he preguntado.

—Pero tu tono es muy persuasivo.

—Seguro que ha sido eso —contestó la alemana de buen humor.

—¿Y a dónde iremos? —quiso saber mientras apagaba el programa.

—Había pensado en el Soulmates, pero si prefieres otro sitio...

—No, me sirve ese —contestó con demasiada rapidez.

Nadie lo advirtió o eligieron no mencionarlo.

—¿Nos acompañas? —le preguntó Marina a Kevin.

Luca acababa de marcharse.

—Hoy no, tengo cosas que hacer. Mañana nos vemos —se despidió el americano.

—Qué formales son estos chicos —comentó la madrileña al quedarse solas.

La otra compuso una mueca que a Marina le pareció de fastidio, pero no dijo nada. Terminó de recoger sus cosas en silencio y, del mismo modo, se dirigieron al pub. Ilse, enfrascada en sus pensamientos, ella intentando ignorar el cosquilleo de anticipación que sentía en el estómago y que iba en aumento a medida que se acercaban al bar.

Que William se hubiera tomado la tarde libre no suponía un problema; que el pub estuviera lleno hasta la bandera tampoco. La gente acudía al Soulmates a pasar un rato agradable después del trabajo, a echar unas partidas de billar y a disfrutar de unas cervezas sin prisas. No le concedían ni un respiro, pero se arreglaba solo. Entre ronda y ronda ponía a funcionar el lavavajillas, cobraba las consumiciones y limpiaba las mesas que quedaban libres.

Eso hacía, de espaldas a la puerta, cuando Ilse y Marina entraron; no las vio llegar. Tampoco hacerse un hueco al final de la barra. Sin embargo, nada más girarse, sus ojos, como polillas atraídas por la luz, se posaron sobre la larga y dorada melena de la española. Reconocerla lo sacudió por dentro.

La tarde se había puesto interesante de repente, pensó mientras retiraba unos botellines vacíos y limpiaba también aquella mesa antes de regresar tras el mostrador.

—¿Qué os pongo, chicas? —les preguntó al pasar frente a ellas para deshacerse del vidrio.

—Dos pintas —respondió Marina sin mostrar su decepción.

Ni siquiera la había mirado. Ella, sin embargo, no podía apartar los ojos de él, ni siquiera cuando se acercó para servirles las cervezas.

—Gracias, Ralph —le dijo Ilse.

Raúl le dedicó un rápido guiño y miró después a Marina.

—Dichosos los ojos, rubia —la saludó en castellano.

—Tú sí que sabes tener contenta a una chica, ¿eh? —soltó sarcástica.

—No se me da del todo mal. —Sonrió de medio lado con intención.

—Fantasma —lo censuró mientras sentía un nuevo cosquilleo más abajo del estómago; bastante más abajo.

—Sería un placer demostrártelo —contestó sin perder la sonrisa y las pupilas clavadas en las de ella.

—Sigue soñando, casi guapo.

—Algunos sueños se hacen realidad, rubia —le dijo antes de continuar con los pedidos de otros clientes.

Marina lo siguió con la mirada y un anhelo entre las piernas que no deseaba sentir.

—¿Recuerdas que sigo aquí?

La pregunta de Ilse la obligó a volverse.

—Disculpa.

—¿También hoy me dirás que no ha pasado nada?

—Solo hablamos.

—Ya, y por eso ha subido la temperatura varios grados, porque solo hablabais —apuntó jocosa.

—Qué exagerada eres.

—Lo que tú digas, pero te apuesto lo que quieras a que no he sido la única que lo ha notado.

—Hace calor porque esto está hasta arriba de gente. Por cierto, no he visto a William por

ningún lado. —Miró a su alrededor.

—Yo tampoco. —La otra aceptó el giro de la conversación.

—¿Estará enfermo?

Aunque apenas lo conocía, el hombre le caía bien y sentiría que se encontrara mal.

—¿Por qué iba a estar enfermo?

—¿Por qué, sino, dejaría solo al camarero cuando el bar está lleno? —argumento Marina convencida.

—Hasta donde sabemos, también se quedará solo cuando Will y su mujer se marchen de vacaciones —señaló la alemana antes de llevarse la jarra a los labios.

—Tienes razón, lo había olvidado.

No pudo evitar volverse para mirar de nuevo a Raúl que, para su sorpresa, parecía tenerlo todo bajo control.

—¿Te gusta lo que ves, rubia? —le preguntó este al advertir que lo observaba.

Marina lo estudió de arriba abajo con descaro y un amago de sonrisa en la comisura de los labios. Aunque no era su tipo, lo que veía no le desagradaba en absoluto, pero no le daría el gusto de decírselo.

—Qué más quisieras —contestó con fingido desdén antes de darle la espalda con los labios apretados para contener la risa.

Ilse la contemplaba con interés. Por suerte, en esa ocasión no hizo preguntas.

—Tengo entradas para un concierto el sábado en el Fabric. ¿Te apuntas? —le dijo en cambio.

—¿Quién toca?

—Ni idea, me las han regalado. —Se encogió de hombros.

—¿Irás Kevin? —Sabía que Luca no las acompañaría, nunca lo hacía.

—Es probable.

Marina asintió pensativa. Todavía no tenía plan para el fin de semana, asistir a uno de los conciertos del Fabric resultaba una buena opción.

—Cuenta conmigo —confirmó al tiempo que los ojos se le iban, sin darse cuenta, tras Raúl.

La alemana sí lo advirtió.

—¿Quieres que le invite? —preguntó con sorna.

—¿A quién? —La miró sorprendida.

La otra cabeceó en dirección a los grifos de cerveza, donde el camarero llenaba varias jarras.

—Ni se te ocurra —soltó con cara de espanto, pero con un hormigueo en el estómago—. No lo conocemos de nada y tampoco tengo ganas de que nos eche a perder la diversión.

—Habla por ti, a mí me cae bien.

—Haz lo que quieras, entonces.

Le burbujeó la sangre de solo imaginar tenerlo cerca un sábado por la noche y con el *piercing* brillando bajo las luces estroboscópicas. ¡Qué peligro!

—Solo bromeaba.

—Mira cómo me rio: ja-ja-ja.

—Eres la alegría de la huerta, rubia —se mofó Raúl al pasar junto a ellas y escuchar las falsas carcajadas.

—¿Siempre te metes en las conversaciones de los clientes? —le preguntó en inglés.

—Solo en las de quien me interesa —le contestó en el mismo idioma sin detenerse.

¿Y ella le interesaba?, se cuestionó Marina con una mezcla de sorpresa y satisfacción que se reflejó en su rostro.

Ilse bebió un trago de cerveza para ocultar su sonrisa. El breve cruce de palabras que sí había entendido y la expresión de su compañera en ese momento le confirmaban que allí había tema, aunque esta se empeñara en negarlo.

—¿Estás segura de que no quieres que le invite al concierto? —No se resistió a preguntarle.

—Segurísima —contestó la otra sin titubear antes de llevarse la jarra a los labios—. Además, no podría ir, estará trabajando —alegó al posar la pinta.

—Ralph —lo llamó la alemana.

—¿Qué haces? —farfulló la madrileña.

—¿A qué hora cierra el Soulmates? —preguntó en voz alta la teutona cuando el camarero la miró mientras recogía una mesa.

Marina le golpeó el pie con el suyo a modo de advertencia.

—Depende, pero nunca antes de las diez —contestó al acercarse a ellas con unos vasos vacíos en la mano—. ¿Por qué quieres saberlo? —inquirió al tiempo que estiraba el brazo por detrás de su compatriota para dejar los recipientes sobre el mostrador.

Marina no quiso ver intención en el gesto; estaba trabajando, lo justificó. Ella era la que tenía un problema, pues se le había erizado hasta el vello de la nuca al sentir el roce de su brazo en la espalda. Menos mal que no era la clase de hombre que le gustaba, ironizó para sus adentros mientras lo seguía con la mirada cuando se alejó de ellas. Se obligó a apartar la vista. No quería ponerse en evidencia ni darle a su compañera motivos para mofarse de ella o que, pensando que le hacía un favor, se le ocurriera invitar a Raúl al concierto. Se dio cuenta de que no había prestado atención mientras los otros hablaban y sentía curiosidad por saber qué había respondido Ilse. Se lo preguntaría al salir.

—No sé tú, pero yo me termino esto y me voy, estoy agotada —dijo antes de apurar el contenido de su jarra.

Ilse asintió, dejó ante ellas el importe de las consumiciones y después también se tomó el último trago de su cerveza. Sin necesidad de añadir más, las dos se dirigieron hacia la salida.

—Hasta mañana, Ralph —se despidió la alemana.

—Hasta mañana, chicas —respondió desde la esquina de la barra con la vista clavada en Marina.

Esta le dedicó un simple cabeceo y continuó caminando hacia la puerta. No pudo dejar de mirarla hasta que abandonó el local.

—Toma —escuchó decir a Frank—, para las babas. —Le tendió una servilleta de papel entre risas.

Raúl no respondió a la provocación, solo sonrió y siguió trabajando. Su sonrisa se ensanchó mientras retiraba los vasos sucios que unos minutos antes había dejado sobre el mostrador. No los había dejado allí a propósito —era el único hueco disponible—. Sin embargo, hacerlo le proporcionó un inesperado momento de placer; acercarse a Marina le había permitido captar el aroma que desprendía su pelo. Le habría gustado disponer de tiempo para recrearse con aquel maravilloso olor. Ignoraba de qué clase de fragancia se trataba, pero resultaba tan seductora como ella. Sintió un cosquilleo en los dedos al imaginarse con uno de aquellos mechones enredados en ellos mientras averiguaba si su cuerpo olía del mismo modo.

Que le pidieran otra ronda en una de las mesas le obligó a olvidarse de la española el resto de la jornada. Fue al quedarse solo cuando volvió a pensar en las dos rubias y en la pregunta que le había hecho la alemana sobre la hora de cierre. Mientras hablaban, detectó en sus ojos un destello de diversión que no entendió, pero que le llevaba a sospechar que no se trataba de simple curiosidad como le dijo. Aunque tampoco se le ocurría ningún otro motivo por el que quisiera saber el horario del bar. No se atrevió a pensar que el interés fuera de Marina. De haber sido así, ella misma se lo habría preguntado. Sí, estaba seguro de que lo habría hecho, caviló con una sonrisa en los labios y la imagen de la madrileña en la mente.

De repente sintió la necesidad de saber más sobre ella. Tal vez por ese motivo, tras asegurarse de que todo quedaba en orden y la puerta del pub bien cerrada, dirigió sus pasos hacia la calle en la que se encontraba la agencia. No le importó que su apartamento quedara en la dirección contraria. Por lo que sabía, el negocio estaba a dos manzanas del Soulmates y el paseo le vendría bien.

Apenas dobló la última esquina, localizó el local. Caminó con la vista puesta en el rótulo que rezaba Good Travel. Se detuvo ante el escaparate repleto de anuncios y ofertas para viajar a diferentes lugares del mundo y, por unos de los huecos que había entre los carteles, espió el interior.

Las luces de emergencia le permitieron ver sin problema las cuatro mesas dispuestas en diferentes ángulos y lo que había sobre ellas. Supo cuál era la de Marina por la figurita del oso y el madroño colocada junto a la pantalla del ordenador. Se dio cuenta también de que la suya era, con diferencia, la más desordenada de todas. Varias pilas de papeles y carpetas cubrían casi la totalidad del escritorio. Los bolígrafos y otros objetos de oficina también estaban diseminados sobre la superficie de madera lacada. Todo apuntaba a que la rubia era un poco desastre, pensó al tiempo que reanudaba la marcha. No podía seguir allí, pegado al cristal, o tendría problemas si alguien decidía que su actitud y su apariencia resultaban sospechosas. No sería la primera vez que le ocurría.

Además, contemplar el caos que reinaba en el puesto de trabajo de Marina terminaría por provocarle un sarpullido. Se reconocía un maniático del orden y necesitaba que cada cosa

estuviera en su lugar en todo momento.

«Algún defecto tenía que tener la rubia», pensó mientras la imagen del escultural cuerpo reaparecía en su mente.

Capítulo 4

Por fin era sábado y la horrible semana laboral se había terminado, celebró Marina mientras se dirigía a su apartamento. Compraría algo precocinado para comer y después... Después tendría que poner un poco de orden en casa, recordó contrariada, descartando la idea de descansar el resto de la tarde. Se animó al pensar que en cuestión de horas saldría con Ilse y Kevin. Siempre que lo hacían se lo pasaban bien y, en esa ocasión, estaba segura, no sería diferente. Aunque no eran íntimos amigos, congeniaban también fuera de la agencia y se divertían juntos.

La perspectiva de pasar la noche de fiesta, bailando y tomándose unas copas colocó una sonrisa en sus labios que aún conservaba cuando, un rato más tarde, se disponía a entrar en el portal.

—Buenas tardes, miss Evans —saludó a la anciana que en ese momento abría la vieja puerta de madera del edificio.

—Buenos días, querida. —Sonrió a su vez la mujer.

—¿Cómo se encuentra hoy sir Nell? —se interesó por la salud de uno de los gatos de su vecina.

—Mucho mejor, al menos ha recuperado el apetito.

—Eso es buena señal.

—Lo mismo me ha dicho el veterinario. —Asintió satisfecha.

—Me alegro.

—Puedes pasar a verlo cuando quieras.

—Tal vez lo haga mañana.

—Avísame y tendré preparado el té —dijo antes de marcharse.

Marina la observó alejarse despacio por la acera y no pudo evitar sentir lástima por ella. La pobre mujer no tenía familia y solo contaba con la compañía de sus gatos. Por ese motivo siempre le dedicaba unos minutos cuando se encontraban y la visitaba de tanto en tanto. En ocasiones también le hacía los recados. Estar solo en el mundo tenía que ser muy triste.

—Y a este paso, yo terminaré igual que ella, soltera y rodeada de mininos —farfulló mientras subía las escaleras hacia el segundo piso.

Porque a esas alturas, lo de encontrar pareja estable le parecía algo imposible de conseguir. Y si bien no era un asunto que le robara el sueño, sí que comenzaba a ser inquietante. Ciertamente que no necesitaba a un hombre a su lado para sentirse realizada, pero no podía negar que le encantaría tener a alguien con quien hablar al final del día. Alguien con quien reír mientras veían una película o con quien poder comentar las noticias. Alguien con quien acurrucarse bajo las mantas durante las frías noches de invierno y, por supuesto, con quien dejarse llevar por la pasión, pensó justo antes de que la imagen del camarero del Soulmates apareciera en su mente.

La descartó de inmediato. Raúl no era su tipo, se reafirmó, aunque tenía que reconocer que no le importaría acostarse con él. Porque, por más que lo negara, le ponía muchísimo. Aunque también estaba convencida de que si se iba a la cama con él ahí se terminaría todo. Un revolcón y, después, adiós muy buenas.

Un escalofrío de excitación se propagó por todo su cuerpo de solo pensar en enrollarse con el pelilargo. Tal vez no le vendría mal darle una alegría al cuerpo, sobre todo si, como aseguraba, era tan bueno proporcionando placer a una mujer. Al menos eso le había entendido esa tarde. Aunque también cabía la posibilidad de que su mente calenturienta hubiera malinterpretado su comentario. O que en verdad fuera un poquito fantasma.

Lo mejor sería que dejara de fantasear con algo que, posiblemente, no sucedería, se advirtió al tiempo que dejaba sobre la mesa de la cocina el bol de ensalada que había comprado en el supermercado. Se sentó a comer sin pensar en todo lo que tendría que hacer al terminar.

Dos lavadoras más tarde y tras haber pasado el aspirador, limpiado el polvo y recogido los zapatos y bolsos que había ido dejando desperdigados por el apartamento, se preguntaba, asombrada, cómo había podido acumular tanta ropa sobre el sillón del dormitorio en tan solo dos días. Tal vez en tres o cuatro, rectificó para sus adentros mientras reprimía el impulso de tumbarse en el sofá. Si lo hacía, ni una grúa lograría levantarla hasta pasadas varias horas y debía empezar a prepararse.

Habían quedado para picar algo antes de ir al Fabric y todavía tenía que ducharse, lavarse el pelo y secarlo, además de decidir qué ropa se pondría. Por todo ello, no se permitió flaquear y se fue directa al cuarto de baño. Cuando volvió a salir, con una toalla alrededor de la cabeza, había recuperado la energía y las ganas de salir a divertirse.

No necesitó más que unos minutos para elegir indumentaria. Unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca en la que se podía leer «Borde, pero buena gente» y unas deportivas, serían lo más adecuado y cómodo para asistir a un concierto de *a saber quién*. La melena, una vez seca, la recogió hacia atrás, en una cola de caballo. Se aplicó rímel para oscurecer las pestañas y enmarcar los ojos y se pintó los labios con *gloss*. «Listo», sentenció para sus adentros al tiempo que se miraba en el espejo. Solo le faltaba decidir qué bolso llevaría. Uno pequeño que poder

usar a modo de bandolera, se dijo mientras rebuscaba en el interior del armario. Desechó dos que, sin darse cuenta, dejó sobre el sifonier. Allí continuaban cuando se marchó.

El grupo que ofrecía el concierto estaba formado por cinco chicos, a los que solo conocían en sus casas a la hora de comer, pero que no tocaban del todo mal. Y aunque el rock no era su música favorita, tampoco le disgustaba. Con un botellín de cerveza en la mano, brincaba y coreaba con entusiasmo, junto a Ilse y Kevin, las versiones de temas míticos que la banda interpretaba.

—¿Otra ronda? —les preguntó a los otros dos, casi a gritos, al sonar una canción que no conocía.

La alemana asintió al tiempo que le entregaba el casco de vidrio vacío. Kevin le mostró su refresco para indicarle que, por el momento, estaba servido.

Como pudo, se abrió paso entre la multitud. De camino a la barra recibió varios empujones y propinó algún que otro codazo que podrían haberse considerado en defensa propia. Acercarse al mostrador tampoco fue fácil, conseguir que la atendieran menos aún. Mientras intentaba que la camarera le hiciera caso, no reparó en el hombre que, a tan solo unos pasos de ella, entre el gentío, la observaba extasiado.

Si vestida con la formal indumentaria que usaba para trabajar le había parecido que estaba buena, con vaqueros, camiseta y el pelo recogido, la encontraba irresistible, más de su estilo, se dijo Raúl sin poder apartar los ojos del cuello de Marina. De buen gusto se pegaría a él como un vampiro a su presa, aunque no era sed de sangre lo que sentía. No pudo resistir la tentación de aproximarse a ella.

—Buenas noches, rubia —le dijo desde atrás, cerca del oído, cuando consiguió llegar a su lado.

Notó que se tensaba antes de girar sobre sí misma y enfrentarlo. Era tan poco el espacio del que disponían que apenas corría aire entre sus cuerpos. El de Raúl lo acusó al instante. El de Marina tampoco permaneció indiferente.

—¿Qué haces aquí? —espetó a causa de la sorpresa, con la piel todavía erizada.

Lo último que esperaba era encontrarlo allí aquella noche. No quiso pensar que Ilse lo hubiera invitado a pesar de haberle pedido que no lo hiciera.

—Yo también me alegro de verte —contestó sonriendo de medio lado al tiempo que bajaba la vista con descaro. Estalló en carcajadas apenas posó los ojos sobre el eslogan de la camiseta—. Me gusta la gente que sabe reconocer sus defectos.

—Te gusto, en general —soltó sin pensar.

—Tanto como yo a ti —respondió enganchado a sus dilatadas pupilas.

Se sostuvieron la mirada en silencio, conscientes de la tensión que fluía entre ellos y del deseo de arrancarse mutuamente la ropa que ambos sentían.

—Me están esperando —alegó Marina para mantener a raya la excitación que la recorría de arriba abajo y la incitaba a pegarse a él.

—Claro. —No se movió.

No habría podido hacerlo aunque saltara la alarma de incendios y se desatara el caos a su alrededor. Marina tampoco cambió de posición.

—¿Qué vas a pedir? —le preguntó al oído, pasados unos segundos.

La caricia de su aliento le provocó una descarga de placer que la obligó a cerrar los ojos al tiempo que un jadeo involuntario escapaba de su boca.

—Dos botellines —contestó a duras penas.

Raúl se tensó al notar sobre el cuello la respiración entrecortada de Marina y apretó la mandíbula para contener la necesidad de pegarse al de ella. Sin llegar a rozarla a pesar de la falta de espacio, se acercó a la barra, le hizo una señal a la camarera y pidió tres cervezas, que pagó nada más las tuvo delante.

—Gracias, pero no era necesario que...

—De nada —la cortó, mirándola de nuevo a los ojos al tiempo que le ofrecía dos de las botellas.

La vio asentir antes de aferrar los envases de vidrio. Al hacerlo, sus dedos se posaron sobre los de él. Sintió el contacto como una descarga eléctrica que trepó por sus brazos y lo sacudió por dentro.

Un nuevo empujón la movió hacia delante y la pegó por completo a Raúl.

—Las calentarás si no las sueltas. —La que se estaba calentando de más era ella.

Lo vio sonreír de medio lado, como si hubiera podido leer sus pensamientos.

—Nos vemos, rubia —se despidió al apartar las manos.

—Supongo —respondió para después, sin ganas, regresar junto a sus compañeros.

Raúl, sin apartar la vista de ella, tomó un buen trago de cerveza. Tenía la garganta seca y la lengua inquieta.

—¿Por qué has tardado tanto? —la interrogó Kevin.

—¿Tú has visto la cantidad de gente que hay aquí? —contestó esquivando antes de acercar la botella a los labios.

Mientras bebía, y aunque sabía que desde allí no lo vería, no pudo evitar mirar hacia atrás.

—¿Te ha ocurrido algo? —quiso saber Ilse.

¿Por qué tenía que ser tan observadora?, se preguntó la madrileña contrariada.

—Si tener que abrirme paso a codazos te parece poco, pues no, no me ha pasado nada —refunfuñó.

—Menos mal que eres buena gente —apuntó jocosa la alemana, haciendo alusión a la frase

que adornaba su pecho.

La otra le sacó la lengua al tiempo que recordaba la forma en que Raúl había mirado aquella parte de su anatomía hacía tan solo un instante y un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Me encanta este tema! —sentenció con excesiva euforia al escuchar las primera notas de la siguiente canción.

Tenía que liberar toda aquella excitación que le había burbujear la sangre y, agitada como estaba, no le costó ponerse a dar saltos y a cantar de nuevo. Sus compañeros no tardaron en hacer lo mismo.

Tras una hora de concierto, de brincos y varias cervezas, Marina necesitaba ir al servicio. Avisó a Ilse antes de enfrentarse, una vez más, a los empujones y pisotones del público. Respiró aliviada cuando logró salir de la sala y avanzó por el pasillo en el que había gente, pero no tanta como para que llegar al aseo se convirtiera en una prueba de obstáculos.

Para no variar, en el servicio de mujeres había cola. Después de lo que le pareció una eternidad, por fin, podía regresar al concierto, pensó de vuelta en el pasillo.

—Volvemos a encontrarnos, rubia.

Se detuvo en seco al reconocer la voz de Raúl unos pasos por detrás de ella.

—¿Será cosa del destino?

—Por el sitio del que salimos, diría que más bien de la cerveza —le respondió al tiempo que se giraba.

Se acaloró al descubrirlo justo detrás de ella y se le secó la boca al posar la vista sobre el piercing de su ceja.

—Sea como sea, volvemos a estar juntos.

—Pero no revueltos.

—Eso tiene arreglo.

—¿Te estás insinuando?

—¿Tú qué crees?

Que le mirara los labios al contestar la hizo posar la vista en los de él.

—Que te mueres por besarme. —Enfrentó de nuevo su mirada.

—No lo niego.

Que se mostrara tan sincero le aceleró el pulso. No, ya se le había alterado al saberlo detrás de ella, reconoció, deseando también pegarse a su boca. Aun así no se movió. Él tampoco. Continuaron contemplándose en silencio, notando como el ansia creía en su interior, sin reparar en el grupo de chicas que, alborotadas, irrumpían en el pasillo.

Al pasar a su lado, una de ellas chocó contra Marina, empujándola hacia delante. En un acto reflejo apoyó las manos sobre el pecho de Raúl que, a su vez, la agarró por la cintura para evitar que perdiera el equilibrio.

—No podemos enrollarnos aquí, en el pasillo de los baños —soltó con la respiración entrecortada y el anhelo destellando en las pupilas.

Raúl ignoró sus palabras, la apretó contra su cuerpo y asaltó su boca. Marina lo recibió con un jadeo de satisfacción antes de rodearle el cuello con los brazos. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla sin tregua ni miramientos. Se besaron pendientes solo de los labios del otro, del placer que sentían y de los guturales sonidos que se confundían en el interior de sus bocas.

Fueron las risas de unos chavales y el comentario de uno de ellos, que no llegaron a entender, lo que les obligó a separarse, jadeantes y buscando los ojos del otro.

—Ves como sí podíamos —la provocó Raúl con ganas de más.

—No hablaba de un simple beso —rebatió con intención, aunque afectada por el tono grave y sensual de su voz.

—Directa como siempre, rubia —sentenció al tiempo que apartaba las manos de sus nalgas y la cogía de la mano—. Vámonos.

—No puedo irme sin avisar a mis amigos —dijo a pesar de las ganas que tenía de seguirlo.

Raúl tiró de ella y le devoró la boca una vez más. Fue un beso breve, pero tan intenso como inesperado, que la dejó sin aliento.

—Te espero fuera. —Le dedicó un guiño antes de soltarla y alejarse por el pasillo en dirección a la salida.

Marina necesitó unos segundos para recordar que debía ir en busca de sus compañeros.

Capítulo 5

Localizar a los otros dos le tomó más tiempo del que hubiera deseado. Cuando lo consiguió y tras anunciar que se iba porque tenía plan, se despidió de ellos sin más explicaciones y se dirigió hacia la salida a toda prisa para no arrepentirse en el último momento de la decisión que había tomado.

—¡Ni de coña! —farfulló al pasar junto a los porteros del local.

—¿Te pasa algo, guapa? —le preguntó uno de los *gorilas*.

—Nada, gracias —respondió al tiempo que buscaba al pelilargo entre la gente que se amontonaba frente a la entrada de Fabric.

Comenzaba a pensar que se había marchado cuando por fin lo vio en la acera de enfrente, apoyado contra una farola, con las manos en los bolsillos y una mueca de diversión en los labios. Qué pinta de chulo, pero estaba para comérselo.

—Empezaba a creer que me dejarías plantado —le dijo apenas cruzó la calle.

—No tientes a la suerte, que a tiempo estoy de mandarte a paseo —le espetó.

—¿Y quedarte con el calentón? —Se apartó el pelo del rostro con un leve cabeceo.

Los ojos de Marina volaron hacia la ceja perforada y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿A tu casa o a la mía? —le preguntó excitada.

—Mi apartamento no está lejos.

—Vamos, entonces.

Raúl se irguió y, tras sacar las manos de los bolsillos, la cogió de la cintura, la acercó a él y la besó de nuevo. En esa ocasión fue un beso lento, amplio y húmedo que la hizo estremecer de la cabeza a los pies. No recordaba cuándo había sido la última vez que le habían comido la boca de aquella manera. De hecho, no recordaba que alguien lo hubiera hecho nunca tan bien.

—Vámonos.

Lo escuchó decir aún con los ojos cerrados. Los abrió al sentir que la agarraba de la mano y tiraba de ella con suavidad. No pudo más que asentir mientras, al caminar a su lado, lo observaba de reojo. Después de todo, iba a resultar que no era un fantasma.

Raúl también la observaba de tanto en tanto. Y cada vez que lo hacía, sentía el impulso de perderse en su boca. Si se contenía era solo porque deseaba más, mucho más que unos besos en mitad de la calle. Deseaba tenerla desnuda sobre su cama. Deseaba poder acariciar cada palmo de su escultural cuerpo y escucharla gemir de placer mientras deslizaba la lengua sobre su piel. Se puso duro de solo pensar en ello.

—¿Nervioso?

Se mofó de él la madrileña al notar que le apretaba un poco más la mano.

—Cachondo como un mandril, rubia —contestó sin cortarse un pelo.

—¡Cuánta sutileza! —Se carcajeó antes de preguntar—. ¿Y cuánto dices que falta para llegar a tu piso?

Raúl rio con ganas al escucharla.

—Tú sí que sabes hilar fino.

—Por supuesto, pero no me has respondido —señaló apremiante.

—Cinco minutos. Tres si apuramos el paso.

Esa última frase bastó para que ambos, sin añadir más, aceleraran el ritmo. Alcanzaron el portal casi sin resuello, aunque no a causa del esfuerzo. Apenas entraron, y sin molestarse en encender la luz, buscaron la boca del otro. Se mordieron los labios con avidez mientras sus manos se colaban bajo las camisetas. Cada roce de sus dedos, cada caricia de sus lenguas, cada sonido que trepaba por sus gargantas, ponía de manifiesto el ansia que los dominaba.

—Deberíamos subir —dijo Raúl sin apartarse de los carnosos labios.

—Estamos tardando —respondió Marina sin decidirse tampoco a interrumpir el beso.

No lo hicieron hasta llegar junto al primer escalón. Después, cogidos otra vez de la mano, corrieron escaleras arriba hasta el tercer piso como un par de adolescentes con las hormonas revolucionadas.

Nada más cerrar la puerta del apartamento, Marina se desprendió del bolsito que colgaba de su hombro y lo dejó caer al suelo mientras Raúl se quitaba la camiseta. Con la vista clavada en el pecho tatuado, se deshizo también de la suya. Medio segundo después sus pieles entraron en contacto y sus lenguas se reencontraron.

Terminaron de desnudarse de camino al dormitorio, con urgencia, a tirones, sin que les importara dónde iban a parar las prendas que mutuamente se quitaban. Solo ellos dos y las sensaciones que experimentaban en brazos del otro tenían cabida en ese momento.

Ya sobre la cama, sus manos se exploraron con la confianza que otorga el deseo; dispuestos a disfrutar y hacer gozar al otro; entendiéndose, sin necesidad de palabras, como si aquella no fuera la primera vez que estaban juntos. Dejándose llevar por el desenfreno y las ganas que se tenían, se olvidaron de las pullas y las respuestas airadas. Desordenaron las sábanas entre jadeos de placer, empapados en sudor y sintiéndose compatibles a pesar de las diferencias que existían entre ellos. Las caricias no eran delicadas ni parsimoniosas; los besos eran voraces, húmedos... Muy calientes.

El grito de éxtasis que minutos después brotó de la garganta de Marina al alcanzar el orgasmo arrastró a Raúl también hacia el clímax. Habían llegado tan excitados, habían comenzado tan fuerte, que todo había sido rápido, intenso... apoteósico; como una lucha de titanes en la que ambos habían salido victoriosos.

Se miraron en silencio, con las pulsaciones todavía fuera de control y jadeantes. A pesar de la penumbra que reinaba en la habitación, reconocieron el deseo que aún latía en las pupilas del otro. Iba a ser una noche muy larga, pensaron al tiempo sin saberlo.

—¿Una ducha, rubia? —le preguntó mientras le acaricia el abdomen con la yema de los dedos.

—¿Dónde hay que firmar? —respondió Marina, notando cómo su piel, su cuerpo en general, reaccionaba al sutil roce.

La risa baja y grave de Raúl le provocó, además, una última contracción entre las piernas y deseó que la ducha que le proponía no fuera en solitario.

No lo fue y unos minutos después volvía deshacerse en gemidos mientras los dedos del camarero resbalaban sobre su piel cubierta de gel. La acariciaba despacio, con las palmas extendidas y ejerciendo la presión justa para ceñirse a sus curvas, como haría un escultor con una pieza de barro a la que trata de dar forma. Así la hacía sentir y así, solo con sus manos, la llevó hasta el límite antes de enterrarse en ella para proporcionarle uno de los orgasmos más intensos de su vida.

De camino al dormitorio, Marina contemplaba la espalda desnuda de Raúl y las marcas que sus uñas habían dejado sobre la piel libre de tatuajes. Se la había dejado hecha un mapa, aunque no se había quejado en ningún momento. Notó que se le secaba la garganta al recordar la sesión de sexo que acababan de tener en el cuarto de baño.

—¿Tienes agua fría?

—En la nevera —señaló el fondo del pasillo al tiempo que se giraba para mirarla—. También hay zumo.

—Me sirve el agua, gracias.

Fue al dirigirse hacia la cocina cuando reparó en las prendas que habían dejado desperdigadas por el suelo. Después las recogería, antes necesitaba beber. Mientras lo hacía, paseó la mirada por la cocina. No había nada fuera de sitio y todas las superficies se veían impecables.

—¿Te apetece comer algo? —le preguntó Raúl desde la entrada un instante después.

—No tengo hambre, pero gracias. De todas formas —continuó al tiempo que volvía a pasear la vista sobre la encimera—, está todo tan limpio que sería una pena ensuciarlo.

—No te preocupes por eso.

Se acercó al armario para coger un vaso. También estaba seco.

—¿Qué hora es? —quiso saber Marina.

—Temprano —le contestó con intención cuando terminó de beber.

—Eso me parecía. —Sonrió sugerente.

En esa ocasión fue ella quien hizo desaparecer la distancia entre ellos y unió sus bocas. Se besaron con ganas, pero recreándose con cada movimiento mientras sus manos, activas de nuevo, se acariciaban sin prisa. Continuaron allí, de pie y descalzos, hasta que el deseo les hizo hervir la sangre.

Amanecía cuando Marina abrió los ojos. A su lado, Raúl continuaba dormido. La claridad que se filtraba a través de las cortinas le permitió contemplarlo. Seguía sin parecerle guapo, pero tenía algo, además del *piercing* de la ceja, que le daba mucho morbo. Y además era un amante magnífico. Lo de esa noche había sido un maratón de sexo en toda regla y no le importaría repetirlo, reconoció conteniéndose para no tocarlo. Estaba segura de que si lo hacía, si lo despertaba, volverían a liarse, y tenía que regresar a casa. Hacía horas que tendría que haberse marchado, pero allí seguía, mirándolo embobada y con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Darse cuenta de ese detalle le bastó para salir de la cama, decidida a buscar su ropa. La encontró sin necesidad de abandonar la habitación, doblada sobre un pequeño taburete situado frente a la cama. Reparó, entonces, que también el orden reinaba en el dormitorio. Si llegara a ver su apartamento en algunas ocasiones, le daría un síncope, pensó divertida. Debería tenerlo en cuenta para no llevarlo a su piso si surgía la oportunidad de enrollarse de nuevo.

—¿Ya te vas?

Se giró para responder. Encontrarlo tumbado de lado, mirándola medio amodorrado aún, la hizo olvidar lo que iba a decirle. Estaba para comérselo, reconoció en cambio para sus adentros.

—Sí —contestó por fin y a pesar de que le tentaba la idea de volver junto a él.

Se vistió para evitarlo; debía regresar a casa. Si se apresuraba, con un poco de suerte, todavía podría meterse en la cama un par de horas antes de que su madre la llamara por teléfono como hacía cada domingo. Lo que había dormido allí había sido menos que nada, porque no habían desperdiciado el tiempo.

—Dame un par de minutos y te acompaño —dijo al levantarse.

—No te molestes, pediré un taxi —respondió mientras se recogía de nuevo el pelo con la goma que horas antes había terminado quién sabe dónde y que Raúl había dejado después sobre la cómoda.

Asintió conforme, aun así, se puso un pantalón de deporte y una camiseta sin mangas con la que, para Marina, volvía a parecer un macarra.

—Tu bolso está colgado en el perchero de la entrada —le aclaró al verla mirar a su alrededor.

—¿Padeces un TOC con el orden y la limpieza? —lo interrogó con el ceño fruncido y casi segura de no equivocarse.

—No. —Sonrió divertido—. Si lo tuviera no podría trabajar donde lo hago —añadió cuando Marina arqueó una ceja con suspicacia.

—Supongo que no —concedió tras una breve reflexión antes de salir del dormitorio seguida de cerca por Raúl.

—Nos vemos, rubia —se despidió de ella justo antes de que, con el bolsito cruzado ya sobre el pecho, abriera la puerta.

—Nos vemos, casi guapo. —Sonrió de medio lado para ocultar su decepción.

No deseaba una de esas despedidas empalagosas llenas de besos y falsas promesas que no vendrían a cuento, pero sí había esperado algo más efusivo que un simple *nos vemos*. Él se lo perdía, decidió de camino a las escaleras.

—Te pido el taxi —le dijo antes de que pisara el primer escalón.

—Gracias —contestó al darse cuenta de que ignoraba el nombre de la calle.

—De nada. —Le dedicó un guiño y una sonrisa de complicidad que le encogieron el estómago.

A pesar de la satisfacción que le provocaron sus gestos, no se detuvo y bajó las escaleras al trote.

Raúl continuó en la entrada hasta que Marina desapareció de su campo de visión. Cuando eso ocurrió, cerró la puerta, buscó el teléfono móvil, se asomó a la ventana y llamó a la compañía de taxis. La vio salir del portal y acercarse al borde de la acera. La observó mientras esperaba la llegada del coche negro que la llevaría a casa. No pudo evitar sonreír al pensar en lo equivocado que había estado al creer que la perfección de su cuerpo era producto de la cirugía plástica. Esa noche había comprobado que nada en ella era artificial. La carnosidad de sus labios no se debía al ácido hialurónico, y en sus pechos, grandes y colmados, no había ni un solo gramo de silicona. También el intenso azul de sus ojos era genuino. Era una Barbie de carne y hueso que, además de estar buena, había resultado ser una fiera en la cama, pensó excitado de nuevo justo cuando ella se metía en el taxi.

Nunca pasaba más de una noche con la misma mujer; eso le evitaba problemas, porque no buscaba una relación. Sin embargo, con la rubia, estaba dispuesto a hacer una excepción si surgía la oportunidad de repetir.

Capítulo 6

El lunes, al terminar la jornada, fue Marina quien les propuso a sus compañeros ir a tomar unas pintas al Soulmates. Lo hizo convencida de que Raúl no tenía nada que ver con su decisión ni con la elección del local; el pub de William le gustaba estuviera él o no. Que se hubieran enrollado no significaba nada y no la privaría del placer de tomar una excelente cerveza con sus amigos después del trabajo.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Kevin de camino al bar—. Estás muy callada —añadió cuando la madrileña lo miró con expresión interrogante.

—Solo pensaba en mis cosas. —Se encogió de hombros.

—¿Y caminas más rápido cuando piensas? —inquirió Ilse jocosa—. Porque nos has traído a la carrera.

—Lo siento, no me he dado cuenta. —Se carcajeó al tiempo que abría la puerta del pub y les cedía el paso.

Entró la última y al instante vio a Will tras el mostrador. No quiso mirar a su alrededor para comprobar si Raúl se encontraba sirviendo en alguna de las mesas. No estaba allí por él.

—Buenas tardes, chicos —los recibió el dueño con su habitual sonrisa.

—¿Ya tienen las maletas preparadas? —le preguntó de buen humor el americano al ocupar uno de los taburetes.

—Junto a la puerta están esperando —bromeó el otro.

—Se van mañana, ¿no es cierto? —se sumó Ilse a la conversación.

—Así es. Susan está muy emocionada con este viaje.

—Lo van a disfrutar —le aseguró Kevin.

Mientras hablaban, Marina se decidió por fin a pasear la vista por el local. Ni rastro del pelilargo. Dio por hecho que se había tomado el día libre antes de que su jefe se marchara de vacaciones.

—¿Qué vais a tomar? —escuchó preguntar a William.

—Yo una pinta, por favor —pidió antes de mirar a la alemana para indicarle con un gesto que iba al aseo.

Necesitaba lavarse las manos y tomarse un minuto para gestionar su decepción. Porque sí, había ido para ver al camarero. Porque el domingo, incluso mientras tomaba el té con Jessica y sus gatos, había estado pensando en la noche compartida, y ese día, en la agencia, todavía se le erizaba la piel al evocar los momentos más calientes de esta, reconoció al empujar la puerta de acceso a los servicios. Al otro lado, saliendo del almacén, encontró al hombre que acaparaba sus pensamientos y se le aceleró el pulso al instante.

—Pensé que no estabas —comentó cuando sus ojos se encontraron.

—Me echaste de menos, ¿eh? —Se acercó a ella despacio con una sonrisa sesgada en los labios.

—Te eché en falta, que no es lo mismo. —Sonrió a su vez, socarrona, pero notando como la temperatura comenzaba a subir a su alrededor.

—Claro, no es lo mismo —repitió al tiempo que apoyaba la mano izquierda sobre la puerta, justo por encima del hombro de la madrileña.

Se sostuvieron la mirada durante un instante antes de bajar la vista hacia la boca del otro.

—No he dejado de pensar en ti —confesó él con un susurro grave.

—Llevas todo el día en mi cabeza —reconoció ella antes de humedecerse los labios con la lengua.

Un segundo después era la de Raúl la que se deslizaba sobre ellos. Se besaron como si hubieran transcurrido meses desde la última vez que lo hicieran, pero sin olvidar donde estaban. Por ese motivo, y a pesar de la repentina excitación que sentían, no tardaron en separarse. Aquel no era el lugar ni el momento para enrollarse.

—Tengo que llevarle este whisky a Will.

—Y a mí me están esperando —alegó también ella.

Ni cuenta se había dado de que llevaba una botella en la mano derecha.

—Salgo en diez minutos.

Marina captó la sutil propuesta al instante.

—En quince estaré frente a la cafetería de la otra esquina —soltó sin pensar ni ganas de hacerlo.

—Allí nos vemos —le aseguró Raúl antes de posar la mano sobre el tirador.

Se apartó para dejarlo salir y dudó entre hacer lo mismo o entrar al aseo. Eligió la segunda opción con el fin de no despertar suspicacias.

Cuando un momento después regresó a la barra, Ilse y Kevin hablaban con él.

—Buenas tardes, rubia —la saludó con normalidad, como si no acabaran de comerse los morros tras la puerta del fondo del local.

—Hola —contestó con aparente indiferencia y se llevó la jarra a los labios para ocultar su diversión.

—Vete ya a descansar, Ralph —dijo William—, que no lo podrás hacer durante las próximas dos semanas.

Marina lo miró entonces sin poder disimular su sorpresa. Estaba al tanto de que se quedaba a cargo del bar al marcharse su jefe, pero no había pensado en que el Soulmates no cerraba nunca. Lo sabía capaz de arreglarse con el trabajo, pero toda una quincena sin un solo día libre le parecía excesivo. Sin embargo no parecía preocupado por ello.

—Sí, me voy, que he quedado. Dale recuerdos a Susan de mi parte, y disfrutad del viaje —dijo al tiempo que le palmeaba la espalda a Will.

—Ten por seguro que lo haremos, y tú, si tienes algún problema...

—No lo tendré, pero si lo hubiera, sabré solucionarlo. Márchate tranquilo.

—Gracias, muchacho. —Le apretó el hombro con afecto—. Pero vete de una vez que tengo trabajo y me estás entreteniéndome —bromeó.

Raúl asintió y, tras despedirse del trío de agentes como hubiera hecho cualquier otro día, se marchó sin mirar atrás.

Marina, que sí lo observaba, se removió ansiosa sobre el taburete; quería ir tras él. En cambio, continuó donde estaba. Tomó otro trago de cerveza e intentó prestar atención a lo que sus compañeros hablaban. No lo consiguió. Necesitaba un pretexto para marcharse, y decir que tenía prisa o que se encontraba cansada no sería creíble, puesto que la idea de pasarse por el pub había sido suya.

—Me vais a perdonar, chicos, pero acabo de recordar que tengo que hacerle unos recados a mi vecina —se justificó mientras buscaba el monedero en el enorme bolso que ya colgaba de su hombro.

—¿Te refieres a la loca de los gatos? —preguntó Kevin.

—Se llama Jessica, pero sí, a ella me refiero —mintió de nuevo al tiempo que depositaba sobre la barra el importe de las consumiciones—. Mañana os veo. Buen viaje Will —se despidió risueña y con un nudo de excitación en el estómago.

—Gracias, niña. Hasta la vuelta.

—*Ciao* —añadió antes de dirigirse hacia la salida con pasos firmes y decididos, ajena a la mirada extrañada de sus compañeros.

Seis meses después

Pasaban de las cinco de la madrugada cuando Raúl abandonaba el piso de Marina. Lo hacía con el pelo mojado y una extraña sensación en el pecho. Por primera vez, tras meses manteniendo relaciones, la madrileña le había pedido que se quedara a dormir. Que se lo propusiera había bastado para que le entrara prisa por marcharse. No quería llevar más allá lo que tenían; hacerlo solo serviría para complicar las cosas. Lo suyo era solo atracción física; química pura.

Cierto que la rubia le caía genial; era apasionada, alegre e ingeniosa; se reía con sus mordaces

comentarios y le encantaba escucharla hablar sobre su familia o el trabajo y charlar con ella sobre cualquier tema que surgiera. Sin olvidar que el sexo entre ellos continuaba siendo brutal; por eso seguían viéndose. Sí, se sentía cómodo a su lado, pero no tenían nada en común. Llevaban estilos de vida diferentes, no frecuentaban la misma clase de locales ni salían con la misma regularidad, porque mientras que a ella le fascinaba ir de fiesta cada fin de semana, él prefería quedarse en su piso, viendo una buena película o escuchando música cuando disponía de tiempo libre. Sin olvidar que, cada vez que subía a su apartamento, le costaba obviar el caos que allí reinaba. En más de una ocasión había tenido que reprimir el impulso de ponerse a ordenarle las cosas. Se estremecía de solo pensar en convivir con una persona que siempre dejaba todo manga por hombro. Definitivamente, le gustaba su vida tal y como era, tranquila y, sobre todo, sin compromisos.

Además, en ningún momento se habían planteado mantener una relación sentimental; ni siquiera habían mencionado el asunto porque ambos tenían las cosas claras al respecto. Ignoraba por qué Marina le había pedido que se quedara. Aunque no tenía por qué haber un motivo especial, podía tratarse solo de un impulso. O, tal vez, esa noche no le apetecía quedarse sola por la causa que fuera. Y él, al disparársele las alarmas, se había largado sin preguntarle siquiera, se recriminó justo cuando alcanzaba el portal.

Con las mismas dio media vuelta y subió las escaleras que acababa de bajar. No podía marcharse sin antes cerciorarse de que la rubia se encontraba bien. Aunque durante las horas que habían pasado juntos no la había notado diferente a otras ocasiones, pero quería estar seguro, se dijo al golpear la puerta un par de veces con los nudillos.

—¿Se te ha olvidado algo? —le preguntó Marina al verlo allí de nuevo.

—No, solo quería saber si estás bien.

—¿Tengo aspecto de encontrarme mal? —inquirió con la sorna que la caracterizaba.

—Al pedirme que me quedara, pensé que quizá te ocurría algo, que necesitabas hablar o...

—A ver, guapito de cara, te invité a quedarte porque eran las cinco de la madrugada, habías currado hasta tarde y porque fuera, por si no te has dado cuenta, están cayendo chuzos de punta.

—Al final va a resultar que tienes tu corazoncito —comentó con una sonrisa ladeada en los labios, mucho más tranquilo porque no había ningún problema.

—Si es que en el fondo soy un encanto de chica. ¿Pasas o te vas?

—Todo dulzura, sí. —Se carcajeó por lo bajo antes de darle un rápido beso en los labios—. Me voy.

—Nos vemos —se despidió como tenían por costumbre.

Esperó a que Raúl bajara el primer tramo de escaleras para cerrar la puerta. Lo hizo con gesto contrariado, porque ella, que siempre iba de frente, que siempre decía lo que pensaba, no se había atrevido a reconocer que sí, que deseaba que se quedara a dormir. Pero ¿para qué hacerlo cuando había notado cómo se tensaba al proponérselo? Y le había faltado tiempo para saltar de la cama e ir a darse una ducha antes de irse. Sin duda, guardar silencio había sido lo más acertado

aunque, contra todo pronóstico y a pesar de lo diferentes que eran, se había pillado hasta el punto de fantasear con la posibilidad de ir un paso más allá, de ser pareja. Pero solo habían sido eso, fantasías, se dijo al meterse de nuevo bajo la sábana. Pensar en algo más serio sería ridículo, se advirtió.

Cierto que se ponían como motos cada vez que se veían y, cuando eso ocurría, buscaban la manera de quedar para acostarse, pero de ahí a barajar la posibilidad de salir juntos... Pero le gustaba.

Con el paso de los meses había descubierto que tras la fachada de macarra había un hombre atento, sensato, responsable, leal y trabajador; que poseía un estupendo sentido del humor —o que al menos comprendía el suyo—, que era buen conversador y, con diferencia, el mejor amante que había tenido nunca.

No era perfecto ni mucho menos. Su manía con el orden le resultaba un tanto irritante y, por lo que le había contado, tampoco era amigo de salir de marcha ni sus horarios laborales eran compatibles para iniciar algo más serio y estable, aun así, no le costaba imaginarse en el sofá junto a él viendo una peli, dándole un beso de despedida antes de irse a trabajar cada mañana o compartiendo una tranquila cena las noches que le tocara descansar en el pub.

No estaba enamorada, aún, y tampoco se planteaba la convivencia, pero por fin había encontrado a alguien que la hacía sentir valorada, respetada y deseada, sin coartar su libertad ni tratarla como si fuera un trofeo del que presumir ante sus amistades. Lástima que, al parecer, él no estuviera por la labor de convertirse en su novio. Suspiró resignada y se abrazó a la almohada, dispuesta a continuar durmiendo.

Que la funda conservara el olor de Raúl le provocó un cosquilleo en el estómago y de nuevo lamentó que su hubiera marchado. No tenía intención de presionarlo, pero quizá con el tiempo, entre polvo y polvo, también él terminaría por sentir lo mismo que ella, caviló antes de quedarse dormida.

No fue así.

Unas semanas después, al llegar al Soulmates, se enteró de que Raúl, de buenas a primeras, había regresado a España. William no había ofrecido explicaciones ni ella se las había pedido. Si se había marchado sin avisar..., ¡adiós muy buenas!

Capítulo 7

Meses más tarde

Sin que le importara la fina cortina de lluvia que caía sobre él mientras se dirigía hacia el Soulmates, Raúl caminaba mirando a su alrededor como si necesitara confirmar que se encontraba de nuevo en Londres; le costaba creer que así era después de tanto tiempo. Aunque, por otro lado, también tenía la sensación de no haberse ido nunca. Porque nada había cambiado, todo continuaba igual que al marcharse. Lo había hecho con la intención de regresar al cabo de unas semanas, cuando las cosas entre Marina y él se hubieran enfriado. Alejarse había sido la única forma de poner freno a una situación que, intuyó, se les escapaba de las manos. Propuestas en apariencia inofensivas y otros pequeños detalles, como miradas y sonrisas demasiado cálidas para ser producto del deseo, habían sido el origen de una huida disfrazada de improvisadas vacaciones.

Sin embargo, tener que hacerse cargo del negocio familiar mientras su madre se recuperaba de una mala caída que la había llevado en dos ocasiones a quirófano, le había obligado a quedarse varios meses en Salamanca.

Ese tiempo lejos de la capital británica no solo no le había servido para desengancharse de la madrileña, sino que había terminado por aceptar que estaba enamorado de ella. Había tenido que estar a cientos de kilómetros para darse cuenta de que no se trataba solo de sexo, que la conexión que tenían no la había sentido jamás con ninguna otra mujer. Que el deseo que le encendía la sangre cada vez que la tenía delante iba más allá de la simple atracción; que si su físico lo excitaba, su forma de ser era la que verdaderamente lo atrapaba. Porque su rubia era diferente, única... Especial. Y él era un idiota que se había acojonado y había salido por piernas a la primera de cambio, pensó justo cuando entraba en el Soulmates.

La sensación de estar de nuevo en casa fue instantánea.

—¡Ralph! —Se emocionó Will al verlo aparecer—. ¿Cuándo has regresado, muchacho? —le preguntó mientras salía de detrás del mostrador para ir a su encuentro y abrazarlo con fuerza.

—Esta mañana —respondió apenas se separaron.

—Qué alegría tenerte de vuelta —celebró cuando, tras saludar a los parroquianos, se acercaron

a la barra—. Esto no ha sido lo mismo sin ti.

—También lo he echado de menos, vender tuercas no es lo mío —reconoció Raúl mientras el otro le servía una pinta.

—¿Pudiste verla? —le preguntó al dejar la jarra frente a él.

Raúl supo a quién se refería y asintió antes de tomar un trago.

—Pero solo hablamos un par de minutos —le aclaró.

—Se casaba su hermano y estaba con su familia —la justificó el otro al imaginar la situación.

—Y que la rubia tiene muy mala leche. —Sonrió al recordar la reacción de Marina ante el juzgado, en Madrid.

—Sí que tiene genio la chica, sí —coincidió risueño—, pero estaba claro que no se echaría a tus brazos a la primera de cambio —aseveró—. No sé en qué pensabas para marcharte como lo hiciste, sin darle una explicación, sin despedirte siquiera. —Sacudió la cabeza con gesto consternado—. Ojalá no sea demasiado tarde para recuperarla, porque sentiría que hubieras perdido la oportunidad de ser feliz por actuar como un idiota.

Raúl no respondió. No tenía manera de rebatir las palabras de su jefe; tampoco era la primera vez que lo tachaba de zoquete después de haberle confesado, durante una de sus charlas semanales, el motivo real de su marcha. En más de una ocasión, el inglés se había ofrecido a pedirle el número de teléfono a Marina para que pudiera llamara. Siempre rechazó su propuesta porque no le parecía correcto. Aquella era una conversación que debían mantener cara a cara.

El primer intento no salió bien. Contaba con ello, pero tenía tantas ganas de verla que no pudo resistir la tentación de ir a Madrid. Y qué despampanante la había encontrado con aquel vestido estampado con enorme flores rosadas sobre fondo blanco que, sin ser ceñido, se ajustaba a la perfección a todas y cada una de sus curvas. Unas curvas que conocía muy bien y que estaba deseando volver a acariciar.

—¿Ya has ideado un plan para conseguir que te perdone?

La pregunta de Will hizo desaparecer de su mente la arrebatadora imagen de Marina.

—La verdad es que no —reconoció—. Confío en mi *sex appeal*. —Se adelantó, jocosamente, a la réplica del otro.

—Puede que ese te lleve de nuevo a su cama, pero dudo que te sirva para llegar a su corazón —sentenció sin rastro de humor antes de salir de la barra para atender a la pareja que acababa de llegar.

Raúl lo observó, consciente de que tenía razón, tanto como de lo mucho que le iba a costar que Marina le perdonara.

Desde que había regresado de Madrid, hacía ya quince días, no dejaba de pensar en Raúl. Verlo el día de la boda de Pelayo le había afectado más de lo que quiso demostrar ante su familia, a la

que evitó dar detalles. Que era un viejo amigo, les dijo.

Desde entonces, saber que volvería a Londres la tenía de un humor de perros, porque se conocía y estaba segura de que, tarde o temprano, lo enfrentaría para exigirle una explicación, aunque sabía que no tenía derecho a hacerlo. Pero, sobre todo, porque cada vez que la imagen del pelilargo aparecía en su mente, afloraban también unos sentimientos que creía haber superado y que, por supuesto, no deseaba sentir. Hacerlo la enfurecían aún más.

—¿Qué es lo que te preocupa, querida? —La pregunta de miss Evans puso fin a sus pensamientos—. Hace rato que tienes la mirada perdida y el ceño fruncido.

—Discúlpeme, Jessica, me temo que hoy no soy buena compañía. —Compuso una mueca de fastidio mientras le acariciaba las orejas a la gata que se restregaba contra su pierna.

—No digas tonterías. —Sacudió la mano para dar énfasis a sus palabras—. ¿Qué te pasa? —insistió—. Y no te lo pregunto con afán de husmear en tu vida —se apresuró a decir—, sino porque, en ocasiones, expresar en voz alta nuestros problemas nos ayuda a verlos desde una perspectiva diferente, incluso puede resultar liberador. Y porque para eso están las amigas. —Acompañó el comentario con un discreto guiño.

Marina la observó en silencio; su expresión afable y su mirada limpia le transmitían confianza. Aun así, no se veía compartiendo con ella sus devaneos sexuales.

—No quiero aburrirla con mis quebraderos de cabeza. —Sonrió sin gracia.

En ese momento fue la anciana quien la contempló durante unos segundos antes de preguntar:

—¿Mal de amores?

Marina, sorprendida, asintió sin darse cuenta.

—¿Se trata de aquel muchacho de pelo largo que te acompañaba? No me mires con esa cara —añadió con la diversión chispeando en sus enormes ojos azules—, no soy adivina ni nada que se le parezca, solo una vieja que duerme poco y con un sillón muy bien situado.

La madrileña dirigió la mirada hacia la ventana. Las finas cortinas que cubrían los cristales permitían ver el exterior con claridad y, por la posición de la butaca que la anciana ocupaba, supo que esta podía observar la calle sin ser vista. Estaba sentada ante la versión inglesa de la vieja del visillo.

—¿Por qué supone que se trata de él? —la interrogó a su vez con una sonrisa de diversión en los labios, producto de aquel último pensamiento.

—Porque no he vuelto a verte con ningún otro desde hace meses —respondió la otra al instante, dejándola de nuevo boquiabierta—. ¿Qué ocurrió?

—Desapareció de buenas a primeras —contestó demasiado rápido. Suspiró ante el gesto de incredulidad de su vecina—. Sé que regresó a España, según su jefe, para disfrutar de sus vacaciones, pero de eso hace meses. Y no había vuelto a saber de él hasta hace un par de semanas.

Mencionó, de forma breve, el inesperado reencuentro.

—¿Te ofreció alguna explicación?

—No le di opción a hacerlo; no era el momento. —Se encogió de hombros con dejadez.

—Comprendo. —Cabeceó pensativa—. Pero estás deseando saber el motivo por el que se marchó sin despedirse, porque te importa.

—Creí que había dejado de hacerlo, pero verlo de nuevo...

—Te removié por dentro —terminó la frase por ella.

—Así es. Pero estoy tan cabreada con él que miedo me da tenerlo delante, porque puedo llamarlo de todo menos guapo —soltó airada.

Jessica se carcajeó al escucharla.

—Temperamental y apasionada, como buena española que eres —manifestó apenas dejó de reír—. De todas formas, si me aceptas el consejo, querida, permítele hablar antes de insultarle —le dijo sin perder la sonrisa.

Marina sonrió también.

—Lo intentaré, aunque no le garantizo que lo consiga.

—Sospechaba que dirías algo así. —Jessica volvió a reír—. Pero no olvides que perdonar es de sabios y tú eres una chica muy lista.

—Y con muy mala leche. —Soltó una carcajada.

—Entonces que Dios se apiade de él —sentenció antes de corear la risa de la más joven.

Durante su ausencia, Will no había querido contratar a nadie para sustituirlo. «No te preocupes por mí, sabré apañarme, ahora lo importante es que tu madre se recupere», le había dicho al saber que tendría que quedarse en Salamanca por tiempo indefinido.

Eso era algo que nunca podría agradecerle lo suficiente. Ciertamente que no le habría costado encontrar empleo en cualquier otro pub londinense si Will no lo hubiera esperado, pero llevaba años trabajando en el Soulmates y lo sentía más suyo que la ferretería de su familia, reconoció mientras revisaba las neveras para asegurarse de que había suficiente bebida fría.

Hacía dos días que había empezado a trabajar y recuperado su vida. La vida que quería llevar, no la que su madre habría intentado imponerle de haberse quedado en Salamanca. Lo único que le faltaba para sentirse pleno era volver con Marina. La había echado tanto de menos que por fin había entendido que deseaba, que necesitaba, estar a su lado de forma permanente; sin encuentros organizados sobre la marcha y a escondidas, sin disimulos ni secretos. Quería compartir con ella mucho más que las sábanas. Quería una relación en la que sus sentimientos fueran de la mano del deseo que, estaba convencido, aún sentían el uno por la otra. Solo tenía que decírselo antes de que ella, cual mantis religiosa, intentara arrancarle la cabeza. El símil le hizo sonreír.

—Un penique por saber el motivo de esa sonrisa —le dijo Frank al reparar en el gesto que adornaba su cara.

—A ti te lo va a contar —se carcajeó el que estaba sentado a su lado—. Aunque tal vez lo haga si yo le ofrezco un penique más —añadió divertido, pero con la esperanza de averiguar en qué estaba pensando el camarero.

Este dejó de prestarles atención cuando la puerta del bar se abrió. Se le aceleró el pulso al ver aparecer a la mujer que acaparaba sus pensamientos. Perdió la sonrisa cuando sus ojos se encontraron y se le heló la sangre al notar que se quedaba clavada en la entrada. Supo que se estaba planteando dar media vuelta y marcharse; lo veía en su mirada. Que Ilse y Kevin estuvieran tras ella y la instaran a continuar para poder entrar ellos también fue lo que evitó que se marchara.

—¡Qué gusto me da verte, Ralph! —lo saludó efusivo el americano.

—Ya tenía ganas de volver —respondió risueño, pero pendiente de Marina, que evitaba mirarlo.

—Bienvenido, Ralph —se alegró también la alemana.

—Gracias, Ilse. Hola, rubia.

Esta, de espaldas a él, lo miró apenas por encima de hombro y le dedicó un leve cabeceo.

Los otros dos intercambiaron una mirada porque, por más que siempre hubieran chocado y más pullas que se hubieran lanzado, la química que fluía entre ellos nunca les había pasado desapercibida, de ahí que les sorprendiera la actitud distante, casi desagradable, de la madrileña. Ilse incluso la notó tensa.

—Pídeme una pinta, por favor —le dijo esta—. Acabo de recordar que debo hacer una llamada —aclaró antes de dirigirse hacia la salida.

Raúl la siguió con la mirada hasta que abandonó el bar.

—¿Qué os pongo, chicos? —les preguntó afable a pesar de las ganas que tenía de dejarlos sin atender para ir tras ella.

Capítulo 8

Sabía que regresaría. Sabía que cabía la posibilidad de que volviera también al Soulmates y, aun así, encontrarlo tras la barra la había noqueado. Por un breve instante había tenido la sensación de que no había pasado el tiempo y que una simple mirada bastaría para hacerla saber que se moría por estar con ella esa noche. Pero no había tardado en recordar que llevaba meses sin saber de él, y de nuevo se le habían revolucionado los sentimientos. Que la saludara como si tal cosa había terminado de alterarla, de ahí que hubiera necesitado salir a tomar el aire para serenarse. Le había costado horrores mostrarse indiferente cuando lo que le apetecía era darse la vuelta y soltarle a la cara lo que pensaba de él. Se habría quedado tan a gusto, pero no quería montar un espectáculo en el pub, mucho menos delante de sus compañeros, que no estaban al tanto de sus encuentros. Nadie, salvo su vecina, sabía lo que habían tenido ni lo que sentía por él. En realidad, en esos momentos, ni ella misma lo tenía claro.

—Pensé que habías salido a hacer una llamada.

Reconocer su voz, saber que estaba junto a ella, le hizo hervir la sangre, y no solo a causa del enfado, aun así se aferró a este para girarse y fulminarlo con la mirada.

—Te va a sentar mal por falta de costumbre. Lo de pensar, digo —le espetó decidida a entrar en el bar.

Raúl se movió para impedírselo.

—Sé que estás mosqueada...

—¿Mosqueada? —lo interrumpió mirándolo a los ojos—. Lo que tengo es un cabreo más grande que la Casa de Campo y muchos epítetos para dedicarte quemándome la lengua, así que hazte un favor y déjame tranquila —le soltó sin pestañear ni alterarse antes apartarse para pasar sin rozarlo.

—Lo siento. —Se detuvo al escuchar la disculpa, aunque no se volvió—. Me comporté como un imbécil, lo sé, y me arrepiento cada día.

—Te estás confundiendo, a los arrepentidos los quiere Dios, no yo —sentenció tajante, y continuó caminando.

—Te he echado de menos.

—¿Perdona?! —Se giró de golpe—. Debo estar perdiendo soltura con el castellano, porque me ha parecido entender que decías que me habías echado de menos.

El sarcasmo fue evidente.

—Es la verdad.

—Claro, y por eso recibía noticias tuyas todas las semanas. ¡Ah!, no, espera, que hace meses que no sé nada de ti.

—Necesito explicarte por qué me fui, por qué he tardado en volver y el motivo para hacerlo. —Marina resopló despectiva—. Esperaré el tiempo que haga falta.

—No me debes ninguna explicación, tampoco la quiero, así que puedes esperar sentado —repuso, y volvió a dar media vuelta para entrar en el local.

Rezó para que no la detuviera de nuevo. Porque una parte de ella, la que se había emocionado al verlo, se moría por besarlo como si nada hubiera pasado.

Raúl continuó donde estaba, consciente de que no debía insistir, pero no pensaba darse por vencido. En algún momento conseguiría que lo escuchara, después, si comprobaba que no tenía ninguna posibilidad, dejaría de molestarla, se prometió mientras regresaba también al pub.

Varios clientes reclamaron su atención apenas cruzó la puerta. Reanudó el trabajo, aunque no perdió oportunidad de observarla. Eso le permitió darse cuenta de que ella, de vez en cuando, lo miraba de reojo mientras charlaba con sus amigos. No quería adelantar acontecimientos ni hacerse ilusiones, pero conocía bien aquella mirada. El deseo continuaba allí, y si estaba tan enfadada, si tanto le había molestado no tener noticias suyas, tenía que ser por algún motivo y no porque pasara de él como quería hacerle creer.

Ese pensamiento le dio ánimos y supo que tenía una oportunidad de llegar a su corazón.

El lunes, minutos antes de la hora de cierre, Marina tramitaba la reserva de un viaje a Málaga para una pareja de mediana edad. Concentrada en la tarea, con la vista clavada en la pantalla del ordenador, no se percató de que Raúl estaba fuera.

Fue Kevin el que vio al camarero del Soulmates apostado en la acera de enfrente.

—Tienes visita, Marina —anunció en cuanto los clientes se marcharon.

—¿Yo? —inquirió sorprendida antes de seguir con la vista la dirección que el americano señalaba con un cabeceo—. ¿De dónde sacas que viene a verme a mí? —preguntó con fingida indiferencia y el pulso acelerado.

—¿A quién si no? —intervino Ilse tras ver a Raúl.

—Puede estar ahí por casualidad o esperando a otra persona —rebató con escaso convencimiento.

—¿Cuándo vas a reconocer que entre vosotros hay algo? —le soltó la otra sin tapujos.

—No hay nada.

—Pero lo hubo, me apuesto lo que quieras —la retó la alemana.

—Doblo la apuesta —se sumó Kevin, y esbozó una sonrisa de aspecto jactancioso.

—Yo, como no sé de qué va esto, me voy —dijo Luca—. Aunque si de quien habláis es del tipo de la melena, sí, *amore*, está ahí por ti. —Marina lo miró pasmada—. No ha dejado de observarte desde que ha llegado —aclaró al tiempo que se encogía de hombros—. *Ci vediamo domani, ragazzi*^[1] —se despidió hasta el día siguiente en su lengua natal.

—*Ciao* —le contestaron Ilse y Kevin al unísono.

Marina no abrió la boca, intentaba digerir que lo suyo con Raúl había sido un secreto a voces.

—Nosotros también nos vamos.

El comentario de su compañera la hizo reaccionar.

—Hasta mañana —se despidió de ellos antes de volver la vista hacia el motinor.

Apagó el ordenador, pero continuó sentada. Revisó sus notas y echó una ojedada a los nuevos catálogos. No tenía ninguna prisa por salir; de hecho, si tardaba, tal vez se marcharía.

—¿Piensas quedarte a dormir ahí? —le preguntó Raúl desde la entrada unos minutos después.

—¿Qué haces aquí?

Lo miró apenas antes de dejar la silla para ponerse la cazadora y coger el bolso.

—Esperarte —respondió con tranquilidad—. Y no pienso irme hasta hablar contigo.

—Entonces serás tú el que se quede a dormir aquí.

—Por lo menos ya bromeas. —Le guiñó un ojo cuando volvió a mirarlo. El gesto no surtió efecto—. Vamos, rubia, no te hagas de rogar y concédeme unos minutos. Solo te pido eso.

—Tengo prisa —mintió. El enfado pesaba demasiado para dejarlo de lado.

—Puedo acompañarte —insistió.

—Terminaré denunciándote por acoso —lo amenazó.

—No serías capaz. —Sonrió de medio lado.

—Ponme a prueba. —Lo retó con la mirada tras cerrar la agencia.

No era rencorosa ni le gustaba andarse con rodeos, pero estaba dolida y por eso actuaba de aquella manera, reconoció para sí al empezar a caminar.

Raúl lo hizo también.

—Si vas a decir algo, que sea ya —le espetó impaciente.

—Preferiría hacerlo en un lugar tranquilo, en el que poder mirarte de frente mientras hablamos.

—Me tienes muy vista y esto es lo que hay; lo tomas o lo dejas.

—Adoro tu carácter dulce y comprensivo.

La escuchó resoplar.

—Vete al grano, por favor. —Tenerlo cerca la hacía sentir como en una montaña rusa en la que era incapaz de controlar sus emociones.

—Tienes razón. —Inspiró y expulsó el aire despacio antes de hablar de nuevo—. Tuve miedo —confesó.

—¿De qué? —Lo miró escéptica.

—De lo que sentía al estar contigo; me asusté. Necesitaba alejarme y pensar.

—Pues sí que te llevó tiempo hacerlo.

—Mi intención era pasar un par de semanas con mi familia y, de paso... desengancharme de ti.

—La vio torcer el gesto, pero continuó hablando—. Pero una vez en Salamanca, las cosas se complicaron. Mi madre sufrió un accidente y tuve que hacerme cargo de la ferretería.

—Siento lo de tu madre —intervino muy seria—. Espero que ya esté recuperada —añadió sincera, aunque la declaración que acababa de escuchar le estaba quemando las entrañas.

—Gracias, ya está bien. Ese fue el motivo por el que no regresé cuando tenía previsto y me permitió darme cuenta de que estoy loco por ti.

—Curiosa forma de demostrarlo.

—Me equivoqué desde el principio, debería haberte llamado y...

—Habría bastado con que te hubieras despedido. Habría bastado con que me hubieras dicho cómo te sentías y se habría acabado, te habrías evitado tener que huir —le espetó de carrerilla, notando que la rabia se apoderaba de ella.

—Tienes razón, pero no quería hacerte daño.

—¿Daño de qué? —Se paró de golpe y lo enfrentó con los ojos entrecerrados.

—Tenía la sensación de que querías algo más y yo no estaba preparado para una relación, pero ahora...

—Ahora nada. —Reanudó la marcha con pasos decididos.

Raúl la siguió y la agarró del brazo con suavidad para detenerla.

—Dime que me equivoco —le pidió con calma.

—Me importa un carajo si te equivocas o no. —Sacudió el brazo para soltarse—. Me importa un carajo lo que sentías antes o lo que sientes en este momento y me importas un carajo tú. —Habló sin subir el tono, pero con la furia centelleando en la mirada—. Y no me vengas con que te fuiste para no hacerme daño porque sospechabas que me estaba pillando, porque entonces pensaré que eres un cabrón insensible. Soy una mujer adulta, emocionalmente estable y lo suficientemente inteligente para aceptar que mis sentimientos, de existir, no son correspondidos, pero lo que hiciste... —Apretó la mandíbula. No iba a reconocer que lo había pasado mal por su culpa.

—Cometí un error —se defendió.

—¿Uno? —preguntó con sorna—. ¡Venga, adiós muy buenas!

Comenzó a caminar de nuevo. Raúl no quiso darse por vencido y fue tras ella.

—Te quiero.

—Llega tarde.

—No lo creo —sentenció seguro de no equivocarse.

—Adiós, Raúl. —Apuró el paso y cruzó la calle casi a la carrera.

El tráfico impidió al camarero del Soulmates seguir sus pasos, y no pudo hacer nada más que

verla alejarse sin mirar atrás.

Es anoche Marina no lograba conciliar el sueño. Sentada ante la ventana de su dormitorio, con una taza de cacao entre las manos, recreaba mentalmente, una y otra vez, la conversación que habían mantenido horas antes y analizaba cada gesto, cada mirada que Raúl le había dedicado. Le había parecido sincero en todo momento. Aun así, no deseaba arriesgarse a sufrir un nuevo desengaño amoroso. No quería pasarlo mal de nuevo. Tal vez, después de todo, estaba destinada a estar sola, suspiró antes de terminarse el chocolate. Cuando lo hizo, dejó la taza vacía sobre la cómoda y fue a cepillarse los dientes.

Quizá debería plantearse en serio la posibilidad de adoptar un gatito y olvidarse definitivamente de tener pareja estable, caviló al meterse en la cama. Torció el gesto por lo patética que le resultó la idea de llenar su soledad con un *michi*. Ciertamente que los peludos hacían compañía y eran muy graciosos, pero también tenían sus rarezas y suponían, además, una gran responsabilidad. No, no se veía cuidando gatos.

Se abrazó a la almohada y añoró, como tantas otras noches, el cuerpo de Raúl pegado al suyo. Lo echaba de menos. Echaba de menos su voz cuando, agotados los dos, le hablaba en susurros mientras le acariciaba la espalda. Añoraba la complicidad, las bromas y las risas. Extrañaba incluso su fobia al desorden y las caras que ponía cuando entraban en su dormitorio y lo encontraba manga por hombro. Aunque no podía disimular, nunca decía nada. Sonrió con nostalgia, segura de que, de habérselo permitido, habría colocado cada cosa en su sitio. Sí, lo echaba de menos. Muchísimo.

—Ya te ha ofrecido la explicación que querías —farfulló sin darse cuenta.

También le había dicho que la quería, le había pedido perdón y ella continuaba enamorada de él. Sería una idiota si dejara pasar aquella oportunidad de comenzar algo duradero.

Aunque antes tendría que pasárselo el enfado. Lo de que se había marchado para *desengancharse* todavía le resquemaba.

Raúl, tumbado boca arriba en la cama, con la mirada clavada en el techo, era incapaz de conciliar el sueño. No pensaba darse por vencido, porque Marina le importaba demasiado para hacerlo. Pero después de que lo dejara plantado en mitad de la calle, empezaba a dudar que lo perdonara. Estaba realmente enfadada; le había dado motivos. De repente temía haberlo echado todo a perder. Incluso ya no estaba tan seguro de lo que la rubia sentía por él. Quizá, después de todo, el fuego que había detectado en su mirada no tenía nada que ver con el deseo ni el amor; quizá, para su desgracia, solo era producto del rencor.

Preocupado, se pasó las manos por la cara. Tenía que encontrar la manera de llegarle al corazón, de demostrarle que quería estar con ella... Que la amaba.

Capítulo 9

Que Marina no se hubiera pasado por el Soulmates en toda la semana era mala señal. Más si tenía en cuenta que sus compañeros, sentados en ese momento frente a la barra, habían ido casi todos los días. Podría preguntarles por ella, pero no tenía sentido ponerlos en un compromiso cuando estaba claro que lo evitaba a propósito. No iba para no verlo, estaba seguro.

—No sé a qué esperas para hacer algo —le recriminó Will en cuanto Ilse y Kevin se despidieron un rato más tarde.

También él se había dado cuenta de la actitud esquivada de la madrileña.

—No quiero atosigarla. Además, amenazó con denunciarme por acoso —añadió sonriendo de medio lado sin humor.

—Jamás haría algo así y lo sabes —la defendió su jefe—. Ten un detalle bonito con ella, a las mujeres les gustan esas cosas —le sugirió antes de dirigirse hacia una de las mesas.

Raúl continuó lavando las jarras mientras sopesaba la recomendación de su jefe.

No era detallista, porque jamás había tenido la necesidad de serlo, y en ese momento solo se le ocurría lo clásico: enviarle flores o bombones. Descartó ambas opciones al instante. La conocía lo suficiente para saber que ninguna de ellas la ablandaría. Pero tenía que encontrar la manera de hacerlo.

Tras mucho devanarse los sesos, tuvo varias ideas que podrían surtir efecto. Y estaba decidido a llevarlas a cabo cuanto antes. Mantenerse alejado de ella no era la solución. No si quería conquistarla y hacerle entender que estaban hechos el uno para el otro, que podrían recuperar el tiempo perdido y lo que habían tenido antes de marcharse.

Recordó, entonces, todas aquellas ocasiones en las que, azuzados por el deseo, habían corrido por las calles cogidos de la mano. Se acordó también de las veces que, de madrugada, hambrientos y medio desnudos, habían compartido un cuenco de ramen en su apartamento o peleado por el último de los *scones* del desayuno algún que otro domingo. Echaba de menos aquellos momentos y la complicidad que se desprendía de ellos. Echaba de menos el grado de intimidad que habían adquirido dentro y fuera de la cama. Se había dado cuenta, demasiado tarde, de que le gustaba encontrarla en el cuarto de baño cepillándose los dientes o haciéndose un

café antes de ir a trabajar el lunes por la mañana sin pasar antes por su casa. Qué ciego había estado y qué trabajo le había costado darse cuenta de que la presión que entonces sentía en el pecho no era producto del rechazo o del miedo al compromiso, sino todo lo contrario.

A la mañana siguiente, un instante después de abrir la agencia y sin tiempo apenas para acomodarse tras su mesa, Marina vio entrar a un chico cargado con una cesta envuelta con papel celofán y adornada con un vistoso lazo de color azul Klein que acaparó su atención de inmediato. Era su tono de añil favorito.

—¿Marina Inclán?

—Soy yo —respondió sorprendida.

—Esto es para ti.

—Gracias —dijo cuando el repartidor dejó la carga sobre su escritorio.

—Buen día —se despidió el joven de camino a la puerta.

—¿Qué es? —preguntó Kevin sin levantarse, pero estirando el cuello para intentar ver lo que contenía la canastilla.

—Fruta —le aclaró la española.

—¿Quién te la envía? —quiso saber Ilse.

Prendido del llamativo lazo, había un pequeño sobre; extrajo la tarjetita. Se le aceleró el pulso al leer el nombre escrito en la parte inferior. No vio nada más.

—¿Es de Ralph? —inquirió el americano.

La madrileña lo miró pasmada.

—¿Por qué supones que la ha enviado él?

—Seguro que por la cara que has puesto y lo rápido que has devuelto la nota a su sitio —contestó Ilse—. Lo que no entiendo es por qué te ha enviado una cesta con frutas en lugar de flores, como hace todo el mundo.

—No me gustan las flores muertas, son como cadáveres bonitos.

«Y se ha cordado», terminó la frase para sus adentros, emocionada por que hubiera recordado el dato. Ignoraba si el color de la cinta también había sido cosa suya. Quiso creer que así era, que no se trataba de una coincidencia, que se había quedado con aquella infromación sobre sus gustos que, ocasionalmente, surgían en sus conversaciones. Aunque eso tampoco quería decir nada, salvo que tenía buena memoria. Y que la escuchaba cuando hablaba, apuntó una vocecilla en su mente.

—Qué visión tan fúnebre —interrumpió Luca sus pensamientos.

—No soy la única a la que no le gusta que le regalen flores —contestó sin ganas de dar explicaciones, y se levantó para colocar el regalo en un lugar más adecuado que su mesa de trabajo.

—¿Qué pone la tarjeta?

Marina se giró y, en silencio, miró al americano con una ceja arqueada.

—Este chico no tiene filtros —comentó Ilse antes de soltar una carcajada.

—¡Vale! No es asunto mío y te pido disculpas, pero estoy seguro de que la que tanto se ríe también se muere de curiosidad por saber qué te dice en la nota.

—Hasta yo quiero saberlo —dijo el italiano.

—No la he leído —reconoció—, pero aunque lo hubiera hecho, está claro que no os lo contaría —añadió al ocupar de nuevo su silla.

—No te comprendo. —La alemana acompañó el comentario con un movimiento de cabeza—. Es evidente que Ralph te gusta y que tú a él también, sin embargo, ni siquiera te has molestado en averiguar qué te ha escrito.

—¿Desde cuándo la vida privada de los demás es motivo de debate en esta empresa? —No entendía el motivo de tanta expectación.

La alemana se limitó a alzar las manos para dar el tema por zanjado. Los otros, tras intercambiar una mirada entre ellos, se pusieron a trabajar.

Marina supo que se había pasado de la raya.

—Lo siento, no pretendía ser borde, pero la verdad es que no me apetece hablar sobre Raúl.

—Qué se le va a hacer, nos quedaremos con las ganas —bromeó Kevin para aligerar la tensión generada por la respuesta de la española.

Esta le dedicó una leve sonrisa antes de fijar la vista en el monitor. Hacerlo no le sirvió para olvidarse del regalo de Raúl ni de la nota que lo acompañaba. Devolverla al sobre había sido un acto reflejo, una especie de defensa, porque sabía el efecto que le provocaría leer lo que fuera que le hubiera escrito. Poco importaba que volviera a pedirle disculpas, que le hablara de sus sentimientos o que hubiera decidido mantenerse lejos de ella, de cualquier modo se habría alterado. Aun así, era consciente de que no podría dejar de pensar en la maldita nota hasta poder ver lo que decía. Lo que no ocurriría hasta, al menos, la hora del almuerzo. Con esa idea en mente intentó relajarse y olvidar al camarero del Soulmates.

No lo consiguió.

—¡Maldito sea! —farfulló en español al tiempo que se levantaba para ir a buscar la nota.

Ni una hora había aguantado, se recriminó al sacarla de nuevo del diminuto sobre. Antes de leerla, se giró y miró a sus compañeros. Los tres apartaron la vista de ella al instante y fingieron estar ocupados. Los observó durante un par de segundos y después, por fin, se decidió a posar los ojos sobre la cartulina.

Me gustaría empezar de cero, demostrarte que lo que siento por ti es real y para siempre. Nada de flores para pedirte que mañana me acompañes al cine. Te esperaré en la entrada del Curzon (última sesión).

Raúl

¿Le proponía una cita? ¿En serio? No supo si reír a carcajadas por la ocurrencia o enfadarse aún más. Le molestaba que diera por hecho que le acompañaría, aunque lo cierto era que le encantaba el cine y hacía siglos que no iba. La idea de hacerlo al día siguiente la tentaba y mucho. Pero pasar hora y media sentada a su lado en una sala oscura, percibiendo su olor y su presencia sí sería una tentación. Aunque tenía claro que no pensaba rozarlo siquiera ni permitir que él la tocara. Eso siempre y cuando decidiera aceptar la invitación.

Tenía toda la noche y el día siguiente para pensárselo, resolvió. Aunque no podía negar que le gustaba aquel intento de conquistarla. El burbujeo que sentía en el estómago y la sonrisilla que comenzaba a asomar en sus labios eran prueba de ello. También estaba casi segura de que el color del lazo no era casualidad. Era un detalle que le agradaba y le caldeaba el corazón.

Hacía un buen rato que Raúl esperaba frente a la entrada del cine. Había llegado con antelación, lo sabía, pero que el pase estuviera a punto de empezar y Marina no hubiera llegado aún comenzaba a ponerlo nervioso. Había querido confiar en que aparecería, que no le daría plantón, sin embargo, todo apuntaba a que eso era lo que iba a ocurrir.

Miró la hora y después volvió a pasear la vista por la calle. Ni rastro de ella entre el gentío que se movía por el Soho a esas horas. De repente, aquel pensamiento desencadenó otro y le aceleró el pulso; la había citado en el Curzon sin especificar en cuál de los dos la esperaría. ¿Y si se había ido al de Mayfair? Descartó la posibilidad. A ninguno de los dos se le había perdido nada en aquella zona de la ciudad.

Sonrió al recordar lo que había pensado de la rubia la primera vez que la vio. En aquel momento se habría apostado la cabeza a que pertenecía a una familia bien londinense; la habría perdido. De hecho, la había perdido igualmente, aunque de manera figurada.

—¿Piensas quedarte ahí, sonriendo como un memo, o vamos a ver una película?

Ensimismado como estaba no la vio llegar, solo al escucharla se dio cuenta de que estaba junto a él. Su cuerpo reaccionó al instante; tenerla cerca nunca lo dejaba indiferente. Deseó abrazarla. Deseó poder pegarla a su cuerpo y perderse en su boca hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, el lenguaje corporal de Marina, la distancia a la que se mantenía, le hicieron enterrar las manos en los bolsillos del vaquero para controlar el impulso de tocarla.

—Me sirve cualquiera de las dos opciones si estás a mi lado.

—Si te vas a poner en plan moñas, me largo.

La carcajada de Raúl atrajo las miradas de quienes estaban a su alrededor mientras que a ella la sacudió por dentro. Siempre le había gustado el sonido grave y sensual de su risa y el efecto que le provocaba. Todavía le gustaba. Todavía la incitaba a morderle la boca. Y cuánto le apetecía hacerlo, reconoció al tiempo que se tragaba las ganas.

—Vamos, anda —la animó a dirigirse hacia la entrada con un leve cabeceo apenas paró de reír

—. Te dejo escoger la peli. —Acompañó sus palabras con un guiño.

—Y pagas las palomitas.

—El cubo grande, además.

—Qué derrochador.

—Por ti, lo que haga falta.

A pesar del tono jocoso de la respuesta, Marina intuyó que hablaba en serio, y a las ganas de besarlo se sumó un cosquilleo en el estómago. Prefirió ignorarlo. Que lo dijera convencido no era suficiente, tenía que demostrárselo, y no solo con palabras. Por ese motivo había aceptado acompañarlo esa tarde al cine; quería comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar por recuperarla, porque en el fondo deseaba que lo hiciera. Pero antes tendría que ganarse de nuevo su confianza y demostrarle que de verdad estaba preparado para mantener una relación. Y no pensaba ponérselo fácil. Para empezar, tendría que tragarse la película más *pastelosa* que hubiera en la cartelera.

Veinte minutos más tarde se arrepentía de su elección. Debería haberse dado cuenta de que ver escenas de besos y arrumacos no sería lo más adecuado estando sentada a su lado. Afortunadamente, tener las manos ocupadas con las palomitas la ayudaba a mantenerlas alejadas de él. Aunque, por momentos, se montaba su propia película y fantaseaba con la posibilidad de que sus dedos se encontraran dentro del recipiente de cartón. Entonces, la historia de la pantalla pasaba a un segundo plano, la espantada del pelilargo quedaba en el olvido, su enfado se esfumaba como por arte de magia y solo quedaba el deseo. El de siempre, el que les robaba a ambos la capacidad de pensar y el aliento. El mismo que les hacía dejar de lado sus diferencias, dominaba sus sentidos y que, en aquel instante, al amparo de la oscuridad, la incitaba a meterle mano.

Junto a ella, Raúl intentaba mantener a raya sus pensamientos y su anhelo sin sospechar las ganas que la rubia le tenía. De saberlo, ninguno de los dos se habría enterado del final de la película.

Capítulo 10

Había transcurrido ya un mes desde aquella primera cita para ir al cine. Un mes repleto de encuentros, almuerzos y detalles. Un mes en el que habían visitado exposiciones, salido de copas e, incluso, paseado uno al lado del otro por Hyde Park. Y todo ello sin el más mínimo contacto físico; nada de roces, caricias ni besos. Todo muy correcto, platónico y...

—Frustrante —soltó mientras acariciaba al gato que dormitaba sobre su regazo.

—Por lo que me has contado, has sido tú quien ha marcado los límites y reclamado su espacio —señaló Jessica con tranquilidad antes de tomar un sorbo de té.

—Es verdad —reconoció y compuso una mueca de fastidio—, pero necesito estar segura de que lo que dice sentir por mí va más allá de la atracción física.

—¿Y has llegado ya a alguna conclusión? —la interrogó su vecina.

—No sé qué pensar, aunque tampoco puedo negar que se está esforzando para demostrarme que así es. Por ejemplo, hemos quedado cada sábado, al cerrar el pub, para salir de marcha, y soy consciente de lo poco que le gusta hacerlo.

—Lo que quiere decir que está dispuesto a cambiar su estilo de vida, o al menos adaptarse al tuyo, para estar contigo.

—Eso parece.

—¿Y es eso lo que quieres? ¿Que cambie por ti, que deje de ser él mismo?

Marina no respondió; también se había formulado aquellas preguntas en varias ocasiones sin encontrarles respuesta. Porque si bien era cierto que deseaba estar con alguien con quien poder compartir gustos y aficiones, también era verdad que se había enamorado de Raúl por su forma de ser y no por lo que tenían en común, que era más bien poco. Claro que le apetecía ir a una fiesta con él, realizar escapadas de fin de semana, reunirse con los amigos, en definitiva, divertirse juntos, pero, por otro lado, no deseaba forzarle a hacer algo que, sabía, no le entusiasmaba.

—Una relación debe basarse en el amor, la confianza y el respeto. Para conseguirlo no es necesario estar todo el día pegados —señaló Jessica.

—Pero también consiste en compartir —rebatía la madrileña.

—Y en hacer concesiones —añadió la otra—. Él parece dispuesto a hacerlas, ¿y tú?

—¿Del lado de quien está? —la interrogó fingiéndose ofendida.

—Del tuyo, querida —respondió risueña—. Siempre del tuyo. Por eso mismo te he hecho esa pregunta. Piensa en ella y en la clase de vida que te gustaría llevar dentro de unos años. Ahora sube a prepararte o no terminarás a tiempo.

Marina comprobó la hora en su reloj.

—¡Qué tarde es! —Se apresuró a quitar a sir Nell de sus piernas para ponerse en pie—. Gracias por la charla, Jessica.

—No tienes nada que agradecerme. Para mí es un placer conversar contigo.

Marina le sonrió con afecto.

—Mañana nos vemos —le dijo antes de abandonar la salita.

—Disfruta de la velada. —La escuchó decir desde el pasillo.

Recién salida de la ducha, pensando en lo hablado con su vecina, intentaba también decidir qué ponerse para la cena de esa noche. Por primera vez, desde que habían comenzado a tener citas, ignoraba el lugar al que planeaba llevarla. Solo le había dicho que se trataba de uno de los restaurantes en boga del momento. Dio por hecho que sería un sitio de vanguardia, con estilo, lo que fue suficiente para saber qué vestido sería el adecuado. Lo buscó entre las prendas que abarrotaban el ropero y lo extendió sobre la cama. Acto seguido se fue al cuarto de baño. Aún tenía que secarse el pelo, darle una pasada con las planchas, recogérselo y maquillarse. Debía darse prisa porque iba justa de tiempo.

Media hora después, con la melena recogida con una llamativa cola de caballo y sin que apenas se notaran los cosméticos que se había aplicado sobre el rostro, regresó al dormitorio a la carrera. Vestirse le llevó solo unos segundos. Localizar los *stiletos* rojos y el bolso de mano negro que pretendía utilizar le tomó más de diez minutos.

—Algún día tendré que poner la casa en orden —rezongó cuando por fin los encontró.

El timbre del telefonillo le anunció que se le había acabado el tiempo. Se calzó a toda prisa, metió en la cartera lo imprescindible y, de camino a la entrada del apartamento, se puso un abrigo negro.

Mientras bajaba las escaleras, repasó su aspecto de memoria; ni mirarse en el espejo antes de salir había podido. Pero iba perfecta, decidió al llegar al portal. Raúl, que la esperaba justo delante de la entrada del edificio, pensó lo mismo al verla aparecer.

Le encantaba aquella manera que tenía de recogerse el pelo; le hacía parecer más alta de lo que era y le daba un aire de distinción que lo volvía loco. El vestido rojo, entallado y de cuello alto que adivinaba bajo el abrigo, le sentaba de escándalo. La encontró irresistible y no lo disimuló. Aunque Marina no fue consciente de la admiración que brillaba en sus ojos, mucho menos del

ramalazo de deseo que dilató sus pupilas.

Parada en mitad de la acera, a unos pasos de él, lo repasaba de arriba abajo intentando averiguar si el inesperado cambio de *look* del pelilargo le agradaba. Ciertamente que no había nada reprochable en su aspecto. Al contrario, iba hecho un pincel. La camisa blanca y el ajustado chaleco, de color gris claro y cuadros Príncipe de Gales que llevaba bajo la *blazer* azul le sentaban de maravilla y convinaban a la perfección con los pantalones vaqueros y los Oxford de color marrón que calzaba. Tampoco podía decir nada malo de cómo llevaba el pelo; corto por los lados y peinado hacia atrás. Sin embargo, le costaba reconocerlo con aquella indumentaria.

—¿Por qué te has disfrazado de *hipster*? —soltó sin pensar.

—Gracias, también estás estupenda —contestó con sorna.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿A qué viene este cambio? ¿Por qué, de repente, te miro y no...? ¡¿Te has quitado el piercing?! —exclamó horrorizada al echar en falta el adorno de su ceja que tanto la excitaba—. ¿Esto tiene algo que ver con el sitio al que vamos o lo has hecho por mí? —le preguntó muy seria—. Sabes que jamás te pediría que hicieras algo así, ¿verdad? —prosiguió sin darle la oportunidad de contestar—. Porque si lo piensas es que no me conoces en absoluto. Tu forma de vestir nunca ha supuesto un problema. De hecho, me gustas más con tus camisetas, tus vaqueros desgastados y tu chupa de cuero. Me gustas con el pelo cayéndote sobre los ojos y con el *piercing* en la ceja. —Se iba calentando a medida que hablaba y no reparó en la satisfacción de Raúl al escuchar su declaración—. Y me molesta que me consideres tan superficial como para creer que cuatro trapos bastarán para hacerme tomar una decisión. No necesito verte vestido de modernillo para saber que te quiero —le espetó sulfurada.

A Raúl no le importó el tono elevado de su voz ni lo cabreada que parecía estar, tampoco que hubiera gente en la calle; se acercó a ella, le envolvió el rostro con las manos y se pegó a su boca. Necesitaba besarla después de escuchar aquel te quiero. Ciertamente que le habría gustado deslizar la lengua entre sus labios y dejarse llevar por la euforia que vibraba en su pecho y los sentimientos que mantenía a raya desde hacía semanas, pero no era el momento. Tenían mucho que decirse y que aclarar, de ahí que se contuviera. El resultado fue un beso suave y limpio; un roce breve, pero tan dulce que bastó para noquear a Marina durante unos segundos.

—No quiero pensar en lo que pasará dentro de un rato, porque ahora mismo soy el tío más feliz del mundo, rubia —afirmó sin soltarle la cara y dispuesto a robarle otro beso.

—Baja de la nube, Heidi. —Se echó hacia atrás para esquivarlo.

—¿Me has hecho la cobra? —No pudo contener la risa a pesar del desquite.

—Todavía no tengo claro que vaya a perdonarte —le espetó al tiempo que le apartaba las manos.

—Pero has reconocido que me quieres, y eso es lo único que me importa —señaló sin perder la sonrisa—. Te amo, Marina. —Recuperó entonces la seriedad—. Y te prometo que lo haré siempre. Porque sé que este sentimiento que hace latir mi corazón no es pasajero, no desaparecerá con el tiempo, continuará ahí cuando al final de nuestros días...

—¿Nos sobre una sombra y tus manos se confundan con las mías? —lo interrumpió—. Olvídalo —le pidió antes de que pudiera replicar—. Es de una canción de Melendi y...

—«Y no necesitaré más que “Un muella de San Blas” sonando en nuestro coche» —tarareó parte de la letra mientras le acariciaba la mejilla y se perdía en su mirada—. A diferencia de él, yo no supe que te amaba nada más verte, pero sí te prometo que eres lo más bonito que he visto en mi vida. Y te prometo que jamás volveré a irme a la francesa. —Ella torció el gesto—. Estaré ahí, para lo bueno y para lo malo; para ofrecerte mi hombro cuando necesites consuelo o simplemente descansar; para arroparte con mi cuerpo en las noches de invierno y desnudarte con caricias en las de verano. —Le rozó los labios con las yemas de los dedos y Marina se estremeció—. «Si me das la oportunidad, corazón, de que nos besemos a solas... »

—«...Nuestra vida será una canción, “When A Man Loves A Woman”» —canturreó, también ella, el resto de la estrofa.

—Escribiremos una nueva canción juntos —le aseguró—. Que podrá no ser perfecta ni la más bonita, pero será nuestra canción, nuestra historia.

—Sí, la de una borde con aspecto de pija y un tipo tranquilo con pinta de macarra que poco o nada tienen en común —apuntó con sorna, reticente a ceder a pesar de lo mucho que deseaba abrazarlo y sentir de nuevo el calor de sus besos.

—No, la de dos personas que se quieren, a las que no les importan sus diferencias ni lo que los demás opinen, porque lo que sienten está por encima de todo eso. Quiero hacerte feliz, que seamos felices juntos —dijo al tiempo que sacaba del bolsillo una cajita que abrió antes de ofrecérsela—. Quiero que empecemos de cero, que nos demos una oportunidad.

Marina contempló el precioso anillo de titanio y oro rosa que contenía el estuche mientras lidiaba con la tormenta de emociones que se había desatado en su interior.

—Planeaba dártelo durante la cena, pero creo que este es un buen momento para hacerlo, para pedirte que seas mi presente, mi futuro; mi media naranja. Mi compañera de vida... Mi todo.

Mirarlo a los ojos mientras pronunciaba aquellas palabras bastó para dar prioridad a sus sentimientos y deshacerse, por fin, de las dudas y el mal humor.

—Ya casi me habías convencido con lo de las caricias en las noches de verano, pero me gusta mucho más esto último.

Sonrió de medio lado y, antes de que Raúl pudiera decir nada, lo enganchó con un dedo por el chaleco y tiró de él. Un segundo después sus lenguas se reencontraron y sus corazones latieron al mismo compás sin ellos saberlo. Tampoco se dieron cuenta de que miss Evans, parapetada tras los finos visillos, los veía besarse con una sonrisa de satisfacción. La mujer también fue testigo de cómo, un buen rato después, cuando por fin consiguieron despegar sus bocas, Raúl sacaba el aro del estuche y lo colocaba en el dedo de la joven, que lo miraba con una enorme y radiante sonrisa en los labios.

—Bien está lo que bien acaba —dijo en voz alta cuando la pareja por fin se subió a un taxi para irse al restaurante.

Horas más tarde y sin que le importara el sudor que empapaba sus cuerpos, Marina apoyó la cabeza sobre el pecho de Raúl. Sonrió con malicia al escuchar los fuertes y rápidos latidos de su corazón. No era la única en aquella cama que se sentía exhausta, pensó mientras repasaba con la yema de los dedos el contorno de los tatuajes de su chico. Porque lo era, se recordó al contemplar el anillo que adornaba su mano.

—¿Te he dicho ya que te quiero con locura y que haré lo que sea para hacerte feliz? —Lo escuchó preguntar con la voz algo tomada aún—. Menos *disfrazarme* —puntalizó con tono más jocoso justo cuando Marina se disponía a asentir con un ronroneo.

—¿A cuento de qué viene ese comentario? —inquirió mientras se incorporaba para mirarlo con el ceño fruncido.

—Me acusaste de ir disfrazado de *hypster* —le refrescó la memoria.

—¿Y no lo ibas? —rebatía ella.

—Esos cuatro trapos llevan siglos en mi armario y, teniendo en cuenta el sitio en el que cenaríamos, me parecían más adecuados que una vieja camiseta y una chupa de cuero.

—Ya. ¿Y qué me dices del corte de pelo? —Entrecerró los ojos suspicaz.

—Fue cosa de mi peluquero, pero me alegra que no te guste, porque no estoy dispuesto a peinarme así cada día.

—¿Y... el *piercing*?

—Iba con prisa y olvidé ponérmelo después de limpiarlo. —Se encogió de hombros.

—Póntelo.

Raúl le sostuvo la mirada, sorprendido por lo tajante de la orden, pero sonrió al captar el brillo que iluminaba los ojos azules de la madrileña.

—Acabarás conmigo, rubia —soltó antes de estallar en carcajadas y tirar de ella para comerle la boca—. ¿Quieres que me levante ahora a por él? —quiso saber unos minutos después.

—Va a ser que no —contestó con la mirada encendida antes de morderle los labios y olvidarse del pequeño accesorio de acero, del cansancio que un momento antes sentía y de todo lo que no tuviera que ver con el deseo que, de nuevo, inflamaba su sangre y el placer que encontraba en los brazos del hombre que había sabido ganarse su corazón.

Fin

Agradecimientos

Llegados a este punto, es imprescindible dar las gracias a quien corresponde. En primer lugar a Selecta, por apostar una vez más por mi trabajo; a Bárbara, por esa portada tan genial que ha diseñado para mis chicos; a Laura Socías, por asegurarse de que cada frase suene como es debido, no aparezcan comas de más ni de menos y porque siempre está ahí para resolver cualquier duda que me surja; gracias también a todo el equipo que hace posible que nuestras historias salgan a la venta en las plataformas digitales y, por supuesto, como siempre, gracias infinitas a mi editora, Lola Gude, por el cariño y la cantidad de tiempo que nos dedica. Eres el alma del sello.

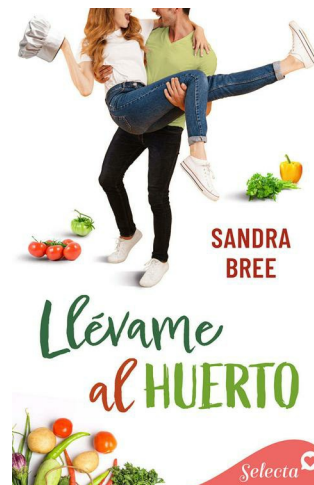
Gracias a mis queridísimas W.P. por esos ratos de risas, de consejos o de lo que se tercie y por estar ahí cada día. Sois lo más, y lo sabéis.

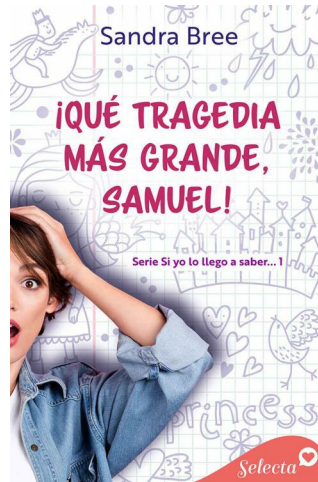
Tampoco me olvido de vosotr@s, l@s que acabáis de leer este relato con el que se cierra la trilogía de los hermanos Inclán. Gracias por darles una oportunidad a Marina y Raúl. Gracias, siempre, por seguir leyendo.

Si te ha gustado

Como polos opuestos

puedes disfrutar de estas





Una nueva novela de Ana F. Malory, ardiente, sensual y llena de sentimientos.



Imposible estar con alguien tan diferente a ella. ¡Raúl es un macarra!

Imposible estar con alguien tan distinto a él. ¡Marina es una pija!

Marina Inclán, afincada en Londres, no quiere saber nada del español que trabaja en la cervecería próxima a la agencia de viajes. **Por muy bueno que el tipo esté, no tiene nada que ver con ella; no pegan ni con cola.**

Raúl piensa lo mismo de la explosiva rubia que ha comenzado a frecuentar el bar en el que trabaja: **demasiado perfecta para ser real.**

A pesar de las reticencias de ambos, **la atracción es más fuerte que la lógica** y terminarán por ceder al deseo, por más incompatibles que sean.

Tiempo después, un reencuentro inesperado les hará pensar en los momentos compartidos y darse cuenta de que, tal vez, no habían sabido valorar lo que había entre ellos.

Porque, después de todo, los polos opuestos se atraen.

Ana F. Malory escribe también como Ana Fernández. Nació en Gijón, Asturias, un 23 de agosto de 1970, aunque creció en Piedras Blancas, una pequeña población cercana a Avilés. “Mi afición por la escritura viene de un momento de mi vida que en el que tenía demasiado tiempo libre. Así que un día cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia romántica, de esas que tanto me gustaba leer desde hacía ya muchos años. Una historia me llevó a otra y así hasta que me encontré con cinco relatos que guardé con mucho cariño, pero sin intención ninguna de que pudieran ser leídos por alguien. Unos años después sentí deseos de compartirlos y, tras muchas dudas y repasos, decidí colgarlos en internet y me sorprendió muy gratamente la buena acogida que tuvieron.”



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Ana F. Malory

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-60-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

[1] En italiano, «Nos vemos mañana, chicos».

Índice

Como polos opuestos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana F. Malory

Créditos

Notas